

GENII

sociología
ciencia — literatura

Sumario

Francisco Fraix: Sobre la justicia. — Alberto Carsí: Genealogía del hierro y el acero. — P. Vallis: Sobre la iniciación ideológica. — Eugen Relgis: Para los artesanos de la cultura. — Montaura: La «Divinidad», un fantasma secular. — Angel Samancat: Neoxégesis de la conquista. — Federica Montseny: Cuentos de la noche. El entierro a la luz de la luna. — Doctor Pedro Vallina: La ciencia y la ciudad. La fuente de la vida de la muerte. — Conrado Lizcano: En el CCCXXXVIII aniversario de la muerte de Cervantes. ¡Amarga silla! — Gérard Lacaze-Duthiers: Siglos de torura. — Ricardo Mella: Ideario (coleccion encuadernable).

54

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



NUESTRA PORTADA



ECCE HOMO

El inquieto Lamolla ha plasmado en este dibujo la trágica concepción del hombre moderno, mil veces crucificado en un mundo que ha hecho de la angustia, de la incertidumbre, del terror, de la guerra, la tupida red que envuelve moralmente a la humanidad entera.

¿«Homo sapiens», esta triste criatura privada de paz interior y exterior, debatiéndose sin cesar en la congoja de los días sin mañana, sumergido en la vorágine de una vida donde los nervios se desquician y se agotan? ¿«Homos sapiens», este conglomerado de seres que ha hecho del absurdo, de la inmoralidad, de la vesania, la ley del universo? ¿«Homos sapiens», esta humanidad más mísera, en medio de apariencias de civilización, que los primitivos que vivían libremente en el fondo de las selvas, en contacto con la naturaleza y sin la amenaza constante, sin la espada de Damocles de destrucciones alucinantes, bajo las que vivimos los actuales pobladores del planeta?

«Ecce homo», sí: he aquí la encarnación del hombre moderno. Lamolla lo ha visto agudamente, y este dibujo cruel, despiadado, de líneas duras, tiene la violenta elocuencia de una blasfemia viril y de un latigazo.

CENT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Fsgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

SOBRE LA JUSTICIA

«C'est renoncer à la justice que se reposer en celle qu'on a.»

(Bossuet).



ON desconsoladora frecuencia se pueden leer en los periódicos frases del siguiente tenor: «...el asesino se hizo justicia disparándose un tiro en la cabeza». El lector las acepta impávido, sin emoción alguna, convencido de su veracidad por estar así estatuido por el uso. Partiendo de la base de que hacer justicia es «dar a cada uno lo que se merece», se considera que quien ha matado, debe morir.

La justicia toma una dimensión insignificante. Se hace unilateral. El asesino muere, supongamos que lleva, lo que merece, pero ¿y la víctima? ¿Quién le hace justicia a ella?

La muerte del culpable no puede satisfacer las aspiraciones de la justicia del hombre. Hay un desprecio evidente hacia la víctima en la ejecución del asesino. Se intenta solventar la situación tomándola exclusivamente por una parte y menospreciando la otra. La justicia es simplemente venganza. Ciertamente, materialmente, en el asesino nada de trascendencia puede hacerse por el interfecto. Para ello sería preciso que hubiese una continuación de la vida después de la muerte y, en tal caso, sólo los creyentes podrían aproximarse a la justicia intentando por medios religiosos, oraciones, dádivas, etc., mejorar, ayudar y ensayar de reparar el daño que se le ha ocasionado.

También se intenta hacer justicia con la víctima colmándola de honores, o llenando de suntuosidad y belleza cuanto va a rodear a sus despojos mortales. Es obvio añadir que todas las medidas de esta índole no modifican directamente el mal que se le ha hecho arrebatándole la vida. La injusticia cometida con el asesino al disponer de su vida arbitrariamente, no puede ser transformada en justicia por ninguna de las acciones de los vivos. Cuantos desagrazos se le hagan serán siempre insípida comedia ante la importancia de lo que se le ha quitado. Y que no se diga que pronto o tarde hemos de morir y que, por lo tanto, avanzar la hora del óbito de un semejante nuestro es únicamente una cuestión

de tiempo, de trascendencia limitada. La riqueza de matices de la vida humana y la heterogeneidad de sentimientos que la adornan, que además son incommensurables, alejan de la capacidad de juicio de los humanos el valor de la vida.

Para hacer justicia habría que partir de un punto determinado al que poder referir todos los hechos y actores que interviniesen en la cuestión. En lo referente al crimen, la falta cometida por el autor sobrepasa la capacidad de comprensión de los hombres, de lo que éstos deducen generalmente que la justicia consiste en hacerle entregar algo del mismo valor que lo que viene de destruir. Y de ahí, que quien ha matado deba morir.

Este raciocinio no puede ser exacto porque dos cosas incommensurables no son irremediamente iguales entre sí, por el contrario, son necesariamente diferentes, consecuencia de su propia incommensurabilidad. Se da además la paradoja de que para hacer justicia, para dar a cada uno lo que se merece, se realizan actos seguidos negativos que adicionados no pueden dar nunca una cantidad positiva. El asesino que «se hace justicia» como dicen los periódicos, comete en realidad una injusticia nueva, al no reparar la injusticia anterior y al escapar a la exigencia de esta obligación. En realidad «se libera». Pero además, destruye las posibilidades de hacer el bien de un ser que ya ha cometido el mal. Si fuese posible tratar al espíritu humano como se trata a los números en el cálculo de posibilidades, habría que decir que, puesto que quien ha cometido un crimen ha realizado ya una acción reprobable, va a pasar mucho tiempo, quizá todo lo que le queda de vida, sin volver a realizar una mala acción. «Haciéndose justicia» o «haciéndole justicia» se repite nuevamente la injusticia que se desea enmendar.

* * *

Pero no es todo. El despojo de un bien puede ser únicamente trascendente y penoso, cuando el poseedor percibe la pérdida de la cosa poseída. Mil veces se ha dicho que un ciego de nacimiento no puede percibir directamente la importancia de su desgracia. Lo limitado de la imaginación humana es todavía más evidente en este caso, en que carente de elementos de juicio o de base en que fundar una

idea, se ve completamente rodeada de obscuridad, quedando la luz tan alejada de la sensibilidad física como de la conciencia del fenómeno. Pueden aquí los materialistas ahincar alguno de sus argumentos. La conciencia por muchos considerada como nuestra única «alma», es completamente impotente sin la ayuda de la materia. El ciego cuyos ojos no han podido nunca apreciar los colores, no podrá tener conciencia de ellos. La falta de visión en los ciegos de nacimiento, limita considerablemente el dolor de su desventura, si la comparamos con el sujeto que ha perdido la vista después de haber gozado de ella. La conciencia de lo que le falta no puede ser directa. Tan sólo por intermedio de quienes ven, puede el ciego saber que otros hombres poseen unas condiciones de vida que a él le faltan, y las imágenes mentales que de su enfermedad posee, si pudiesen ser trasplantadas al vidente, le producirían a éste una gran sorpresa.

Pues eso mismo sucede, corregido y aumentado, con el condenado o con el suicida, «que se hace justicia». El conocimiento de la pérdida que va a sufrir es claro, concreto y perceptible mientras lo posee. Pero indirecto. El esfuerzo imaginativo para considerarse cadáver, aun en el supuesto de que la voluntad se deleite en lo morboso de la situación, es incompleto, por serlos los elementos de juicio que posee. El hombre puede imaginarse la muerte, en lo material, comparándose con los cadáveres que en su vida haya visto, y en lo espiritual o ideológico, o sea, en lo referente a la muerte de la conciencia, como la negación de toda sensación. Hay, sin embargo, una contradicción entre la facultad de imaginar, elemento activo, y la cosa imaginada, en este caso la nada, elemento pasivo. Por el carácter absoluto del segundo término, debe estar incluido en él el elemento primario de la transposición, el ser que imagina, lo que nos lleva a afirmar lo absurdo de que «algo» se convierta en «nada» sin dejar de ser «algo». Le es imposible al hombre el imaginar la muerte de su conciencia. Es absurdo que se imagine uno «no ser» porque el esfuerzo de imaginación es ya prueba de presencia «esencial».

La mayor aproximación, dentro de su experiencia personal, consiste en dormir sin soñar.

(Dejo de lado voluntariamente toda interpretación religiosa, pues aun cuando respeto la fé, en cuanto manifestación psíquica individual y mientras no tenga transcendencia coercitiva sobre los demás, no me parece oportuno ocuparme de ella en estas ligeras consideraciones que intentan ser exclusivamente racionales).

Obsérvese que el dormir sin soñar está muy alejado del problema que nos ocupa. Supone un simple «lapsus» de la actividad mental, o para no desairar a los científicos, de la percepción de la actividad mental. Situación provisional muy diferente del carácter irreparable de la muerte. El hombre vivo no puede «ser» un cadáver por falta de entrenamiento, digámoslo de forma gráfica, y porque los cadáveres no «son». Lo que llamamos cadáver es precisamente lo que queda del cuerpo humano cuando la conciencia no existe y cuando la posibilidad de tener conciencia queda descartada. Un hombre insensible e inanimado no es un muerto mientras haya en él, potencialmente, una conciencia. Tal el ahogado que ha dejado de respirar, cuyo corazón se ha detenido y cuya sangre no circula, que no habrá dejado de existir a pesar de los síntomas citados, hasta después de haber recurrido con resultado negativo a todos los medios de que dispone la ciencia, para hacerle recobrar la actividad perdida.

El suicida que se «hace justicia» pierde la posibilidad de

percibir sin registrar la percepción de esta pérdida. Mientras está vivo, se da cuenta, tiene conciencia de la pérdida que va a sufrir, pero que no ha sufrido. Cuando muere, no puede tener conciencia de la pérdida que viene de experimentar. Y quien pierde algo y no se da cuenta de ello, no puede tener ni dolor, ni tristeza, ni sensación desagradable alguna. En este caso es la expulsión fuera de sí, de sí mismo, y esto supone el vacío, la ausencia de todo, la nada. ¿Es liberación o castigo?

Para los católicos, el sufrimiento es motivo de regocijo (al menos sobre el papel) y también supone un acopio de méritos para recibir un premio determinado. No aceptando la nada después de la muerte, cuando ésta corona el sufrimiento la consideran como liberadora:

*Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

Pero, en general, cuando el sufrimiento se hace tan intenso que resulta insostenible, el hombre se desespera y la muerte resulta liberadora del estado patológico de su sensibilidad.

Tan sólo es castigo para los perceptores hipersensibles de la angustia, que prefieren el dolor que la nada. Más todavía, llegan a decir que sólo se vive verdaderamente cuando se sufre y que únicamente sufriendo se puede vivir. El fundamento, pues, de la vida, está en la angustia de vivir. Los existencialistas abundan en pensamientos de esta índole. Nuestro Unamuno observa que únicamente nos enteramos de que tenemos estómago, hígado y pulmones, cuando nos duelen. Añade que prefiere toda clase de dolores que le permitan «ser» a «no ser», que es lo que verdaderamente le llena de congoja.

Posición eminentemente ideológica que dudo pudiera mantenerse durante mucho tiempo en el terreno material.

Admitiendo lo que antecede, la máxima pena impuesta por la justicia de los hombres a los reos católicos contritos de sus pecados, queda reducida a la entrega de un premio inestimable, y para los existencialistas (y todos lo somos más o menos en tales momentos) condenados, el castigo adquiere una importancia desproporcionada con el infligido a otros culpables con distinta opinión sobre su propia vida, y responsables de idénticos actos.

* * *

Los problemas planteados por la justicia se reducen todos a la dificultad de comparar elementos heterogéneos in comparables por el propio significado abstracto que encierran. Las dificultades de reducirlos todos a un común denominador, ha obligado a crear la Ley, que al no ser única y tener por fundamento los principios, muy diferentes, que inspiraron a cada legislador, se convierte automáticamente en injusta.

La primera condición indispensable de la justicia es el ser una e indivisible, y sabemos que el mismo acto realizado en dos lugares, a veces no muy alejados entre sí o en épocas distintas merecen juicios dispares que no sólo consisten en variaciones de la misma pena sino que van del elevado mérito a la más degradante condenación.

Los encargados de hacer justicia tienen como principio inspirador el mantenimiento de las condiciones políticas, sociales y económicas de la sociedad en que viven. Con

estas condiciones son básicamente injustas el papel desempeñado por la justicia es innegablemente injusto. Creo que en tal apreciación todo el mundo está de acuerdo hasta los profesionales más concienzudos que se justifican con la imposibilidad de hacer nada más perfecto.

A la idea básica de defender un estado de cosas adquirido se subordina hasta lo que debieran ser principios inmutables de la justicia como por ejemplo, el respeto a la vida ajena. De tal forma, que un defensor del orden que mata a un ladrón desarmado, es juzgado de distinta forma que el ciudadano que reacciona violentamente, por instinto defensivo, ante el guardián armado que le acosa.

De idéntica manera, los principios ideológicos y sus consecuencias son juzgados según sean las opiniones personales de quien crea o mantiene la ley, bastando un cambio de gobierno para que varíen los objetivos de la justicia y para que resulte punible lo que fué ensalzado.

* * *

Juzgar, quiere decir comparar. El acto que va a ser juzgado es comparado con las ideas que sobre él tienen unas personas ajenas a su génesis y a su desarrollo, de lo que resulta que, en la práctica, hacer justicia es dar a uno lo que les parece a quienes juzgan.

La injusticia de la justicia empieza al comparar el acto, en lugar de con una idea-patrón fija, con tantas ideas-patrones como personas juzgan. Se prosigue al encontrarse en completa imposibilidad los jueces de comprender y sentir los motivos del acto que les resultan exteriores. ¿Cómo puede un hombre frío y calculador comprender la situación de un reo amante y engañado? La medida es demasiado diferente del objeto que debe ser medido.

El máximo error de la administración de la justicia deriva de la actuación de los abogados. La comparación que los jueces deben hacer entre el delito y sus opiniones la reali-

zan a través, no del contenido fundamental del mismo, sino de la imagen del delito que se les presenta, por lo que juzgan una representación de la realidad, en lugar de la realidad misma. Debiendo la formación de la idea de culpabilidad o inocencia tener en cuenta múltiples detalles de todos los órdenes, muchos de ellos de género abstracto, que pueden quitarle gran parte de su valor hasta a las mismas pruebas materiales, la presentación de estos detalles tiene suma importancia. Se juzgan las circunstancias originarias, adyacentes y consecuentes al delito de que forman parte, pero no con el carácter real y natural que tuvieron en los hechos, sino según la desfiguración más o menos hábil, y en su principio injusta, de los hombres de leyes.

La desfiguración sistemática, admitida e interesada, de los hechos y circunstancias, es la principal misión de fiscales y defensores. De su inteligencia y cualidades convincentes dependerá el resultado del juicio, de lo que se deduce, que la hábil mentira de un fiscal puede hacer condenar a un inocente, y las astutas tramas de un defensor, inocular a un culpable.

La justicia actual se basa en el artificio de lo económico. Es convencional e injusta. La misión de los abogados es tergiversar la realidad de la forma más conveniente para la parte interesada. En cuanto a las leyes, tanto por su origen como por los trámites a seguir en su cumplimiento, no pueden dar satisfacción a las aspiraciones más idealistas de los hombres.

Si una justicia absoluta parece imposible de conseguir, caben, por lo menos, múltiples perfeccionamientos a la actual, que debería fundarse en las leyes naturales conocidas y en las que se vayan descubriendo, en las enseñanzas de la experimentación científica, y sobre todo en una amplia benevolencia hacia las debilidades humanas.

Francisco FRAK



«Europa», de Bourdelle

Genealogía del HIERRO y el ACERO

LA REALIDAD
Y
EL SIMBOLO

LA DEFINICION ESCUETA

El mineral del hierro lo encuentra el hombre nativo en la Naturaleza sin que él haya intervenido en su elaboración. El acero es hijo de las manipulaciones del hombre sobre el hierro.

Dice el Diccionario: Hierro: Metal superior a todos en tenacidad, dúctil y maleable, de color gris azulado.

Acero: Combinación de carbono y de hierro, de textura más fina que éste y de mayor dureza y elasticidad. — El acero contiene menos carbón que la fundición. Se fabrica de dos modos, sea quitando carbón a la fundición (acero de fragua, acero Bessemer) o sea añadiendo carbón de hierro (acero de cementación).

LA EPOPEYA DEL HIERRO

El hombre primitivo encontró el fuego espontáneo en la Naturaleza y observó sus particularidades: la luz, la calefacción, y la cocción. La propagación y desplazamiento, y la utilización del fuego fué fruto de su inteligencia.

Las primeras habitaciones fueron las cavernas, y el fuego fué el primer sistema de puertas, especialmente contra las fieras, cuyas primeras pieles fueron los primeros vestidos, quizás conseguidos con ayuda del fuego.

La observación de los residuos del fuego ofreció al hombre, en algunos casos, un interrogante: el por qué de la existencia de núcleos metálicos en el seno de las hogueras, material éste que ofrecía más consistencia que todos los demás que conocían aquellos hombres; el cual se deformaba al golpearlo, se soldaba a otros residuos, se oxidaba al mojarse, y era de mayor densidad que los demás elementos conocidos: era el Hierro.

Por condiciones tan sobresalientes se difundieron y se multiplicaron las aplicaciones del hierro. El hombre primitivo, en medio de su debilidad, recibió el regalo de una nueva forma de poder: el hacha, la reja, el punzón, la pica, el cuchillo, la iniciación de la espada y del escudo defensor. He aquí el salto más inaudito de la Prehistoria. Y, el hombre, no se separó, ni se separará jamás de esta nueva fuerza tan sencillamente adquirida. Y, preguntamos: ¿Ha disminuido la importancia del hierro con el tiempo y las nuevas conquistas? No, por cierto, añadimos, si no que, por el contrario, ha aumentado y cada día va en aumento en progresión geométrica. En forma tal que la Humanidad no podría vivir sobre el planeta si le faltara el hierro, porque ésta es la base fundamental de su fuerza, el músculo supremo que

constituye el cetro soberano del ser vertical que todo lo acomete y todo lo avasalla, gracias al hierro más que a la Razón.

Se ha dicho en adagio popular, que «el dinero es el rey del mundo»; y nosotros decimos: será el virrey, porque el rey es el hierro. Sin dinero se puede vivir, pero sin hierro no, actualmente. Al descubrirse el hierro por los hombres primitivos, se descubrió algo importantísimo que vino enseguida a constituir casi todo el poder de éstos y gran parte de su personalidad propia y exclusiva. Y no será extraño que este elemento fuese el origen de gran parte de la Mitología; sobrados motivos existen para ello: Vulcano, el dios del fuego, hijo de Júpiter y de Juno, cuya figura, frente a su fragua y sus malladores ha sido motivo de parte de la celebridad conseguida por nuestro gran pintor Velázquez. La inverosímil personalidad del Diablo y del Infierno, siempre quemando y jamás destruyendo. Tema tratado, quizá con ironía, por El Dante en su obra inmortal que por algo se titula «La Divina Comedia», y así sucesivamente.

Y pasó la época de las Herrerías tan numerosas en España que beneficiaban el hierro llamado «dulce» cuyas condiciones físicas eran parecidas a las de la plata. Igual que el hierro de Suecia y de otros países, de cuyas barras se forjaban armas y cadenas, rejas y herraduras, llaves y cerrajas, piezas para trabucos y escopetas, todo selecto, bruñido y azulado como joyas, como cosas forjadas con pétalos de flores y brotes tiernos de Primavera. No había piezas grandes, y el progreso las necesitaba inmensas, en tamaño y en calidad de gran resistencia. Había que apretar más el tornillo. El gigante se empequeñecía, y si se estacionaba, podía llegar otro gigante y derribar al viejo. Vinieron los cirujanos con los forceps y ayudaron a nacer al elemento nuevo, y nació el Acero que por el aspecto recordaba a su antecesor, pero su alma era más dura, se avenía a las mismas condiciones de forma pero los glóbulos de su sangre eran más duros, y más rojos.

SU MAJESTAD EL ACERO

Esto ocurría ayer, en un próximo ayer histórico. En 1880 se producían en el mundo 10 millones de toneladas de acero. En 1900, 30 millones. En 1913, 75 millones. Sufre esta producción una espera durante la guerra europea, y en los años 1925, 1927, 1929, se sobrepasa todo lo anterior y se producen 118 millones de toneladas por año. No sabemos el número de toneladas que se fabrican en el mundo, pero debe ser una cantidad impresionante, y acaso, también ocurra que

esté cambiándose el país campeón en semejante competencia.

Pronto está escrito: «centenares de millones de toneladas de acero». ¿Nos damos cuenta de lo que significan estos números? ¿Son suficientes las tareas del Bien para absorber tal producción?

No es de nuestra cuenta el vaticinar si es sainete, drama o tragedia lo que puede llegar. Nuestro lema, es Amor, Salud y Vida y no Odio, Sufrimiento y Muerte. Además es tan elevado nuestro punto de vista que nos aleja de todo pensamiento y nos vela la existencia de todo interés particular.

EL DIOS JANO DE LOS METALES

Empezamos este trabajo diciendo que el hierro se descubrió sólo, por la acción del fuego, el cual fué de naturaleza espontánea también. No podía ser de otra manera, pues este metal está disfrazado y escondido en la corteza planetaria de la tierra, bajo formas que solamente los geólogos saben distinguir y concretar rápidamente en la actualidad. Vale la pena enumerar algunas de sus variedades, no sin antes decir que más que Dios Jano (que tenía dos caras) se puede apellidar el hierro, el Dios Polifacético, porque tiene más de dos caras y más de dos nombres. Entre los diversos aspectos con que se presenta el hierro citaremos, pues, los más característicos:

Hematites roja, volítica, globular, gris, gris mamelonada o fibrosa. Según su forma y su textura: limonita, siderosa, oligisto, idem especular o micáceo, magnetita o hierro magnético, hierro espático, Pirita de hierro, etc. Y para que sea más que terrestre universal, existe el hierro meteórico, o sean fragmentos de hierro venidos del espacio con los mismos caracteres y composición del que encontramos en la tierra, y los ejemplares recogidos oscilan entre el tamaño de perdigones hasta masas de varias toneladas.

A este mineral podemos apellidarle el «Maná industrializable» y ejemplo de verdadera y substancial aportación astronómica.

Ya hemos dicho cómo empecé el conocimiento y uso del hierro, quemando el bosque, consiguiendo buenos hierros llamados «dulces». Convirtiéndoles después en semiaceros y

en aceros corrientes, y más tarde en aceros especiales para máquinas y herramientas de precisión.

A colaborar en este proceso y substituir los otros medios de reducción del hierro ha venido la Electricidad creando un orden de trabajo llamado Electrotecnia, y a su hierro moderno «hierro electrolítico».

Los óxidos, los sulfatos, los ferrocianuros, los bromuros y sulfuros de hierro se han extendido como mancha de aceite por los dominios de multitud de aplicaciones jamás sospechadas, como la industria de los colores, el maquillaje, la Química y la Farmacopea, etc.

TERRIBLE CATASTROFE Y PROBABLE REGENERACION

Llevamos dicho que la Humanidad podría vivir sin dinero pero no sin hierro, aserto que podría considerarse por algunos demasiado atrevido, y sin embargo, es así. ¿Se forman una idea los amables lectores de lo que pasaría en el mundo si en un momento dado se evaporase todo el hierro y su hijo el acero?... Adiós gran parte de construcciones antiguas y todas las modernas. Adiós las vías férreas, las locomotoras, las estaciones y los coches. Adiós todos los medios de navegación marítima y aérea. Adiós toda la maquinaria... Y hacemos un silencio para descansar y preparar nuestra venganza pacifista. ¡Y adiós las armas! Quizá entonces empezase una nueva Era de Paz, volviendo a las cuevas mientras se construía el «mundo ideal», pero, en la que el hierro se ofrecería nuevamente en los residuos del fuego, como hace mil siglos, mas, el hombre, quizá rechazara semejante oferta avisado ya de los peligros del mundo ferruginoso. Entonces, la lucha con piedras y palos nos parecería demasiado infantil, inocente y despreciable, y no lucharíamos. Quizá en aquel caso, al notar la falta de la gran coraza del hierro, la añoraran algunos, pero, que, plenos todos de libertad, nos sentiríamos humanos. Y no diréis, amables lectores, que a este viejo escritor después de andar 80 años sobre la realidad no le gusta el simbolismo.

Alberto CARSI

Todo derecho natural, solo por serlo, reúne las condiciones de absoluto, universal, inajenable e imprescriptible. Cualquiera limitación arbitraria, cualquier atentado contra él, merecen la calificación de crimen. Mi derecho es igual al de todos mis semejantes: ¿quién, pues, podrá nunca decir, sin violar la ley eterna, que se sujetará a estas reglas? Hay una sola regla para mi derecho, y es la igualdad del derecho mismo. ¿Deseo, en virtud de mi derecho, algo que haya de ofender el de un tercero? Mi deseo es ilegítimo y, como tal, irrealizable. ¿Le cumplo, sin embargo? La Sociedad, establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarle. Mas que, tomando este deber por pretexto, no venga nunca la Sociedad y diga: «Tienes el derecho pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo», porque me creeré entonces con la facultad de contestarle: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y na para que los coartes; vé y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.» ¿Podrá con más razón la sociedad permitirme que ejerza el derecho, pero con sujeción a leyes? — «Mi derecho, le pone más que una ley mi derecho, y esta ley no necesito que la escribas, porque está grabada en mi corazón y en el corazón de todos. El derecho de los demás, si por un lado limita el mío, por otro lo ensancha y le fortalece; tus leyes servirán exclusivamente para limitarle. Tú, tu eres aún poder, y todo poder oprime; yo soy hombre, y no he nacido para ser tu esclavo.»

PI Y MARGALL.

Sobre iniciación ideológica



EL temario que el compañero Ugo Fedeli nos tiene sometido a unos cuantos afines, por el que solicita datos biográficos, de actuación y formación ideológica (que espero, tiempo mediante, poder contestar ampliamente), llama poderosamente mi atención esta pregunta: «¿Cómo has podido llegar al anarquismo?»

La pregunta plantea el sugestivo problema de la iniciación ideológica. E implica que en un momento dado de nuestra vida ordinaria, más o menos vulgar o prosaico, se produce en nosotros un acontecimiento en virtud del cual diríase que volvemos a nacer.

No me siento versado, ni poco ni mucho, en conocimientos biológicos ni de alta psicología; pero me imagino que la pregunta que se nos hace tiene parecida importancia a cuanto ocurre en la vida misma del individuo. Apenas podríamos establecer exactamente cuándo se produjo el primer destello de nuestra consciencia. Valga decir que cuando nos dimos cuenta ya observábamos, comparábamos y deducíamos. Nadie sabría fijar una divisoria entre el consciente y el subconsciente, entre la consciencia y la preconsciencia individual.

Así ocurre, creo yo, en ese segundo nacimiento a la vida de las ideas que me atrevo a afirmar no es un fenómeno brusco ni fruto de generación espontánea. También aquí cuando nos dimos cuenta ya estábamos iniciados. Sólo basándonos en hechos muy discutibles podríamos registrar los primeros vagidos de nuestro despertar a la vida de las ideas... digamos revolucionarias. No obstante, repito, situarnos en la cadena sin fin ni principio de nuestra iniciación ideológica es siempre un ejercicio placentero, pues obliga a recordar acontecimientos gratos y a revivirlos.

Vayamos a ello aunque tengamos que contrariar violentándolo el propio sentimiento de modestia o de recato y tengamos que distraer la atención del lector con hechos y detalles quizás enojosos por su matiz personal y privado.

* * *

En los más remotos sedimentos de mi consciencia ideológica tropiezo con el factor familiar. He aquí un poco de ley de herencia. En mis inmediatos antepasados maternos encuentro varios tipos que a su manera ya están iniciados. Mi abuelo, modelo de contrastes, como todo valenciano de pura cepa, era alguacil en el pueblo que nos vio nacer a casi todos. Alguacil quería decir entonces algo así como alcaide, ordenanza municipal y pregonero en una pieza. En

la cárcel del pueblo nacieron casi todos sus hijos, mi madre inclusive. Además, mi abuelo heredó, y transmitió después, una especie de dinastía. Las campanas de la iglesia parroquial eran tañidas por sus vigorosos brazos, y creo — le conocí bien — entre juramentos no muy católicos a la menor contrariedad. Heredó la dinastía del campanario de sus antecesores y la transmitió a una de las ramas de la familia que, si no estoy mal informado, todavía está en el trono. Lo que no impidió que mi abuelo fuese un furibundo anticlerical.

Repito que hay en ello un contraste muy valenciano. En ninguna región de España se da un caso de contraste más enconado entre fieles y enemigos del clericalismo. Las borrascas en torno al «rosario de la aurora», en la capital levantina y en toda la región, conquistaron a Valencia un lugar en el dominio anecdótico y proverbial. Este contraste divide a los habitantes de un mismo pueblo, a los miembros de una misma familia y, como en el caso de mi abuelo, al mismo individuo; que era él anticlerical rabioso y llamaba a los fieles al templo cubriendo con blasfemias a santos y beatas rezagadas.

Mi abuelo era al mismo tiempo carcelero al servicio de la monarquía borbónica y terrible republicano. De sus labios escuché por primera vez hazañas de las guerras carlistas del tiempo en que Cabrera, el «Tigre del Maestrazgo», puso sitio a Castellón. Mi abuelo se encontraba en el interior de la plaza sitiada por las hordas de boina roja.

Pese a los contrastes apuntados, mi abuelo era todo un carácter. Su cualidad más saliente era la rebeldía, esa rebeldía temperamental del ibero que bajo el cielo de Levante adquiere características muy singulares. Todo invita en la región valenciana: el paisaje, la incomparable luz cenital, la suave brisa del mar, el clima benigno, la feracidad del suelo a la formación de un temperamento dulce, sosegado, espiritual. Sin embargo, el temperamento levantino se separa en muchos puntos del determinismo ambiente. Valencia es un pueblo capaz de desorientar a los conspicuos investigadores empeñados en deducir el fruto-hombre de las características geográficas. El valenciano «a malas» es un tipo escéptico, cachazudo y profundamente corrosivo. La prevención que se ha venido granjeando entre los demás pueblos de Iberia puede tener esta explicación.

Se dice de Alfonso el Sabio — nuestro primer detractor — que en uno de sus edictos prohibía, a partir de determinadas horas del atardecer, el acceso a los poblados a través de los portales de las murallas, «a gitanos, valencianos

y demás gente de mal vivir». Posiblemente arranca de ahí el estribillo que, medio en broma y medio en serio, se repite alusivo a los hijos de Valencia: «De Valencia, ni el arroz», «Valenciano y hombre de bien no puede ser»; y entre los catalanes: «el valencià si no te l'ha feta te la farà» (el valenciano si no te la hizo te la hará).

Puede que tales apóstrofes no sean más que una reacción los arañazos de la muy peculiar ironía valenciana. Ya he dicho en otra parte que hay tres clases de humor definidas en España: el humor andaluz — que según Unamuno consiste en repetir los mismos chistes —, suave como la caricia con una flor; el humor baturro, eminentemente traumático como un garrotazo en la testuz; y el humor valenciano que es como una bomba de tiempo. Nos reímos a mandíbula batiente ante la ingeniosa ocurrencia de un «lauraor» socarrón, y cuando menos piensa uno siente en el estómago algo así como la mordura de un perro. El autor es quien insinúa ahora su risita sádica, satisfecho de su obra. Los tiros del humor valenciano tienen un sentido ofensivo, y martillean sin parar un solo objetivo escogido: el punto débil de la víctima. Allí se repiten los martillazos hasta hacerle saltar los nervios. ¡Libráos de la mala querencia o de la venganza mansa de un cachazudo «lauraor» valenciano!

Muchos de estos rasgos los hallé en mi abuelo, en sus hijos y demás coterráneos. Pero hablemos ahora del pueblo que nos vio nacer.

Está recostado contra los últimos contrafuertes a Poniente del Maestrazgo. El torso sobre el secano, y la vista hacia la huerta y al mar. Tiene forma alargada. Antiguamente fueron dos pueblos separados por una tenue cañada. Con el tiempo ambos núcleos pueblerinos fueron al encuentro, más que por afinidad con ánimo de aporrearse. El punto de unión lo forma ahora una gran plaza. Y sin embargo continúan siendo dos pueblos. Vulgarmente se les denomina Pueblo de Arriba y Pueblo de Abajo. De ambas secciones parten los brazos de una V invertida, un doble «calvario» angulado poblado de llorones cipreses en cuyo vértice se halla situado el cementerio. Otra rama de mi familia, la del hermano de mi abuelo, regenta — quizá desde siglos — la fosa común de los vallenses a quienes sólo el cementerio une.

El hermano de mi abuelo a la par que sepulturero fué una especie de agente de enlace de todos los perseguidos de la justicia. Entre éstos figuraban no pocos idealistas y refractarios al cuartel. A los tales perseguidos se les denominó «roders». El recurso contra la ley era echarse al monte, «rodar» por la sierra; de ahí lo de «roders». El hermano de mi abuelo los atendía de noche en el cementerio, les informaba sobre las tretas de los civiles, les transmitía noticias de sus familiares, les afeitaba — como hacía con los recién fallecidos del pueblo —, proporcionábales vestidos y comida en espera de que pudieran alejarse hacia Francia. Los «roders» eran alojados muchas veces en los nichos, en caso de peligro... Volvamos al pueblo.

El Pueblo de Abajo estaba habitado por pequeños propietarios labradores, la mayoría acomodados, profundamente religiosos y reaccionarios. El pueblo de Arriba era eminentemente asalariado de la monoindustria manual de la alpargata. Gente económicamente miserable, anticlerical y asimilable a las ideas avanzadas. El socialismo de Pablo Iglesias hizo en esta parte del pueblo espléndida cosecha. Ya antes de la segunda República tenía el pueblo un sitio de honor en la carta demográfica del socialismo político. Entre los fundadores figuran dos hermanos de mi madre. El mayor de los tíos fué el promotor y responsable técnico del primer

taller colectivo, una realización revolucionaria de principios de siglo. Este proyecto tuvo una trágica frustración. La cooperativa, o «taller», como se le nombraba vulgarmente, fué saqueada e incendiada cierta noche por un grupo de desconocidos pagados por los pequeños propietarios. Mi tío, dolorido y avergonzado, emigró a Barcelona. Prometiéndose no pisar más las calles del pueblo y sucumbió fiel a este propósito. Su salida fué explotada por los maledicentes para calumniarle, haciendo correr la voz de una supuesta fuga con los fondos secretos del «taller». Esta calumnia y el saqueo e incendio — que supuso siempre él fuese obra de «traidores» — amargaron el resto de su existencia.

Las cualidades sobresalientes de mis tíos pueden resumirse en dignidad incommovible, honradez a toda prueba, alto sentir del deber, parcos en palabras, cada una de ellas una sentencia. El que para el caso será el mediano de mis tíos emigró el primero a Barcelona. Conservo de él memoria tan borrosa como grata. Fué el primer anarquista de la familia. Lo supe después al ver en la biblioteca del Centro Obrero del pueblo los libros de que a punto de morir hizo donación. Figuraban entre ellos los seis tomos de «El Hombre y la Tierra», de Reclus, editados por la Escuela Moderna. El segundo anarquista que dió aquellas tierras fué posiblemente nuestro Jaime Aragó. Entre los socialistas del pueblo era éste persona respetada y estimada. Pues el socialismo que tiene por mentores a dos de mis tíos — está incluido el que se hizo anarquista en Barcelona — conservaba toda la pureza romántica internacionalista. Su cordialidad para con nuestras ideas pude comprobarla cuando hube de convivir entre ellos, ya atacado yo entonces del samaritano y que por consecuencia no era yo entonces un dechado de moderación y de tolerancia. El único que ponía cara de hierro ante mis disparates era el tercero o menor de mis tíos, que, sin embargo, tanto tuvo que influir en la orientación que había dado a mi vida. Socialista de convicción, fué éste siempre un anarquista de temperamento.

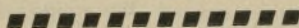
Baste decir que aprendí ya de muchacho todos nuestros himnos y algunos de nuestras tradiciones épicas en el seno de la familia. El himno «Los hijos del pueblo» lo entonaban mis coetáneos con más propiedad que los anarquistas barceloneses de mi generación. Siendo el nuestro un pueblo de músicos, la partitura de este himno, adoptado en el II Certamen Socialista, llegaría hasta mis paisanos, quien sabe si por mediación de Jaime Aragó. El himno no se cantó en Barcelona por mis contemporáneos en ideas, con propiedad se entiende, hasta que lo grabó en disco la revolución de 1936. Mi familia lo trajo consigo del pueblo, y nos indignábamos lo nuestro al ver cómo lo destrozaban, en mitines y jiras, la mayoría de los compañeros. Junto con «Los hijos del pueblo», mis paisanos entonaban soberbiamente otro himno alusivo a los mártires de la «Commune», cuyas primeras estrofas son estas:

*«Cantemos himnos a la memoria
de los que izaron rojo pendón;
y se batieron por la Comuna,
por la sagrada revolución».*

Los himnos se transmiten a modo de romances que la tradición pone de boca en boca y el pueblo perpetúa, como transportan los insectos, inconscientemente, vagando de flor en flor, el polen fecundante de nuevas generaciones de árboles y frutas.

J. P. VALLS

PARA LOS ARTESANOS DE LA CULTURA



ALGUNOS años antes de estallar la segunda guerra mundial, hablé en una reunión pública de los «Ateneos populares» de Bucarest. Hice una breve profesión de fe, cuyo tema se puede resumir en esta fórmula: «El escritor, un artesano de la cultura».

Por aquel entonces, bajo la presión de los acontecimientos político-sociales, los que manejaban la pluma, los servidores de la idea y del arte, se han sentido de repente aislados, apratados — desde los primeros decretos dictatoriales, chovinistas y racistas — de sus modestos empleos, cercados por el vacío del estancamiento y torturados después por las necesidades de cada día. Se aproximaron, sin embargo, los unos a los otros y reconocieron finalmente una verdad vieja como el mundo: «La unión hace la fuerza».

De este modo, los que andaban cada uno por su penoso sendero, muy a menudo sin conocerse personalmente, estrecharon sus filas. Por encima de la pequeña oriflama del ideal individual, ellos han vislumbrado, en la luz que persiste a través de los siglos, los aleteos del gran estandarte reluciente de la cultura humana; cada pueblo tiene en esos pliegues sus rayas coloreadas, más anchas o más angostas, pero que armonizan en esa síntesis espiritual que vence, al fin, los ciegos asaltos de las tinieblas — de los nubarrones de la ignorancia, el odio y la violencia homicida.

A algunos de mis oyentes, mi profesión de fe les pareció, no obstante, inactual. He contestado que el tiempo va a demostrar cuán permanente es el deber de la acción cultural para los escritores, y sobre todo para los escritores perseguidos — cualesquiera sean los «motivos» y en cualquier lugar que se encuentren. En verdad, hoy día — igual que durante los años 1939-1945, cuando las negras nubes han descargado sus relámpagos sobre todos los pueblos, sobre la cultura europea y universal — debemos poner nuevamente en acción nuestras energías morales e intelectuales; debemos volver a levantar nuestra antorcha, reunirnos de nuevo para intensificar la luz, para fortalecer nuestras esperanzas y aplacar ese hambre de saber que, para nosotros, es tan tenaz y doloroso como el hambre que exige el pan cotidiano. Cualesquiera sean las tormentas de la historia, y en cualquier destierro a que nos lleven las vicisitudes políticas, permaneceremos los herederos de nuestros precursores, los guardianes de los valores éticos y espirituales de

nuestro país y de todas partes donde los fieles de la cultura han servido los ideales de siempre de la humanidad entera.

Pensadores, poetas, artistas — humildes artesanos de la escritura, cualquiera sea nuestro *credo* individual — somos los tributarios de la sabiduría, la poesía y el arte de nuestros grandes antepasados. Nos expresamos, cada uno, en el idioma del país natal o en una lengua de circulación mundial; llegamos de un pueblito perdido en la languidez del ensueño, o de una capital trepidante en su inmensa actividad; tenemos, cada uno, una cierta posición en la sociedad, una distinta ideología, política o social, pero somos, lo queramos o no, en cualquier parte que nos hallemos, unidos y solidarios en el imperecedero reino del Espíritu Creador.

A esta realidad moral e intelectual, cada pueblo ha contribuido, según sus posibilidades originales, en mayor o menor medida. Bajo el signo planetario de la cultura, la solidaridad se nos impone, sobre todo en tiempos de infortunio, en nuestro país o en el exilio, cuando la lucha que tenemos que llevar sin cesar para nuestra existencia física y nuestras aspiraciones comunes es tan tremenda, por sus sufrimientos y — ¿por qué no decirlo? — por sus absurdos e increíbles horrores.

En ciertas aglomeraciones nacionales, la «unificación» se instituye de una manera forzada, durante una o dos generaciones, bajo la bandera del egoísmo brutal, de odio de raza o de clase, de la violencia monopolizada por partidos políticos (como aconteció bajo nuestros ojos en los países nazi-fascistas, y sucede todavía en los países invadidos por el totalitarismo pseudo-proletario y por la plutocracia que se da aires democráticos). Un verdadero pueblo cultural no puede mantenerse como tal sino mediante las «armas vivas» del espíritu, de la cultura supranacional que, por su propia naturaleza, es pacífica y creadora. Un pueblo persiste en la historia del mundo en tanto que conserva sus valores éticos, artísticos, científicos, añadiendo a los mismos las realizaciones de cada nueva generación.

Esta es la primera explicación de ese hecho que algunos sabios, que han investigado los «cementeros» de la historia, consideran como un milagro: la permanencia de los pequeños pueblos del mundo azotado por los huracanes del oscurantismo político, del racismo y de la guerra imperialista. Esta explicación nos hace comprender por qué algunos pequeños países europeos, de antigua formación o recién constituidos, se hallan en un estado de avanzada civilización:

porque supieron renunciar finalmente a la práctica de la intolerancia y de la violencia. Y aquellos hombres que, como el autor de estas líneas, tienen la convicción de que — pese a los desmentidos momentáneos — el género humano constituye una realidad unitaria, un «organismo de la humanidad» que se desarrolla progresivamente sólo mediante el amor y la razón, la libertad y la fraternidad, no pueden ignorar las profundas enseñanzas que se encuentran en todas las Biblias de las antiguas religiones, como también en las obras de los artistas y sabios de todas partes, en el pasado y en nuestros días.

Es en este sentido que comprendo un verdadero renacimiento que no es más que una «transformación de la mentalidad», sobre todo en las generaciones jóvenes, en los cofrades que debutaron, no hace mucho, en las arenas sociales y culturales, y se muestran tan batalladores e intransigentes. ¡Pronto se darán cuenta que el mundo no comenzó con ellos!

Me apresuro a reconocer que los que recién llegados han entrado en la contienda social pueden traer consigo la frescura y el encanto de las ilusiones, las brisas de la esperanza, de las victorias del mañana. Algunos de entre vosotros, los jóvenes, van a pisar sobre nosotros, los vanguardistas (cuyos años y cuyas obras se cuentan ya por docenas). Pero esto es, precisamente, nuestro consuelo: que las antorchas culturales serán llevadas, después de nosotros, por otras manos, atrevidas y firmes; y que lo que hemos soñado nosotros, los «viejos», se cumplirá en una atmósfera más propicia... En una atmósfera moral, en la cual la Palabra será a la vez espíritu y acción realizadora, y sus portadores serán hombres libres, anunciadores de la renovación intelectual y anímica del individuo, de su pueblo y de la humanidad.

He aquí por qué nos hace falta, antes que todo, luz, cuanto más de esa luz de la conciencia activa, para apartar la miseria material y derrotar las tentaciones de la desesperanza, de las maléficas ficciones entre las cuales se agitan los solitarios visionarios y también las muchedumbres impulsadas por cínicos aventureros hacia los mataderos de la guerra y de las rebeliones. Un hombre ilustrado puede resistir mejor a las oleadas del odio, que se arrojan con ciego encarnizamiento en el entrévero de los egoísmos chovinistas y de las demagogias políticas.

Como hombre, lo que implica todos mis dotes innatos y adquiridos, biológicos y sociales, quiero seguir trabajando

con mis herramientas de forjador de la Palabra, sin regatear mis fuerzas y sin refrenar con vana dialéctica los impulsos de los otros. Acostumbrado a la disciplina libremente aceptada — disciplina que llega a ser una segunda naturaleza en aquel que ve y siente las cosas y la vida bajo «specie æternitatis» — trabajo aquí también, como trabajé en otro continente durante muchos años, por encima de las engañosas banderas de los partidos, por encima de las divisas efímeras, pero en provecho de todo lo que es universalmente humano, por encima de la horrenda guerra de los clanes e imperialismos, de los campos políticos, los dogmas religiosos y todas las «ideologías» mortíferas. Trabajo para el hombre de mí mismo, de nosotros todos, para el hombre que se quiere lo más integral posible — cualquiera sea su matiz étnico, nacional o confesional — para más justicia, para más libertad creadora y para el fraternal sentimiento de humanidad.

Este es el triple sentido de la Paz que anhelamos y para la cual tenemos que trabajar sin tregua, transformando las ideas en hechos, en el lugar donde nos arrojaron — como suele decirse — «las olas del destino». Quien conserva el centro de gravedad de su conciencia personal en el flujo y reflujo de estas olas, conserva también su última posibilidad de salvación: la de reencontrarse a sí mismo y de volver a las raíces y las fuentes natales, cuya esencia es, pese a todo, universal y eterna...

Como artesano de la cultura, igual que en la confesión que hice antaño en un Ateneo de Bucarest, repito ahora estos pensamientos, aquí, en mi refugio de Montevideo, cerca de las turbias y amplias aguas del Río de la Plata. Los repito también para algunos otros escritores desterrados, reunidos en Río de Janeiro, en Buenos Aires, en México, en Nueva York y otras capitales del continente americano, alrededor de sus modestos cenáculos o de sus revistas impresas — a veces al mimeógrafo — en un idioma que tan pocos leen todavía y hasta olvidan en su «Nuevo Mundo»... ¿Acaso no nos parecen pequeñas estas reuniones en torno a una tribuna, a una revista o, simplemente, en un parque o en las esquinas de una calle, como las balsas de los naufragos, arregladas con los despojos de la nave — pero bastante anchas y resistentes como para llevar a los argonautas decididos hacia las riberas de su ensueño y su destino?

Eugen RELGIS



«El descendimiento de la Cruz», esbozo, de Bourdelle

OPINIONES

LA «DIVINIDAD», UN FANTASMA SECULAR



Se ha dicho que, al situar su objetivo más allá de realidades sensibles, la metafísica hace posibles todas las divagaciones. Indudablemente, la imaginación puede trenzar las más inverosímiles fantasías; puede realizar a manera de cubileteos con las ideas. A la postre, fácil es comprender que la cosa no tiene trascendencia, no pasa de simple pasatiempo mental. Al igual que hay quien enfrasearse en turbias disquisiciones metafísicas, tratando de justificar la existencia de «Dios».

Por fortuna, en todos los tiempos ha habido quienes han sabido contestar con desgaire irónico al «noli me tangere» que han querido dejar sentado particularmente teólogos que han pasado por ser doctos en metafísica. Rabelais se burlaba de tales elementos, motejándoles con originales epítetos de su invención, como el llamarles «sorbonagres». Recordaremos, a este respecto, a los dos rocines, cuya conversación nos refiere Cervantes con donosura. Se trata de Babieca y Rocinante. Uno le dice al otro: «¡Metafísico estás! y el aludido responde: «¡Es que no como!»

¡Intrincada selva la metafísica! Desde Leibniz, que, al parecer era punto fuerte en la materia, hasta Zubiri, uno de sus más fervientes comentadores, y del cual Julián Marias ha dicho lo difícil que era para los alumnos de su cátedra el comprenderle, ¡cuánto no se ha dicho en el oscuro lenguaje metafísico! Ayer y hoy se ha recurrido a la filosofía en plan de justificar la idea de «divinidad». Gran mentecatez sería el condenar en bloque la filosofía; pero acontece con ella que, no pocas veces, se busca, en lugar de aclarar las cosas, complicarlas más. Filosóficamente se han querido demostrar como razonables y dignas de estima las mayores arbitrariedades. Sabido es que Aristóteles pretendía justificar, como de necesidad imprescindible, la existencia de los esclavos. Xavier de Maistre consideraba una necesidad social la misión del verdugo, buscando además justificar el proceder de los monarcas más reaccionarios, pretendiendo que lo que en realidad era despotismo no representaba otra cosa que acendrado interés en pos de la dicha de los gobernados. Unos cientos de páginas filosofando a su manera (véase el libro «Les soirées de Saint-Petersbourg») dedicó Xavier de Maistre a ensalzar lo que hoy cualquiera que tenga una mediana concepción liberal encuentra detestable. Cuando la ciencia ha establecido que es un mito el que existan razas puras, no han faltado, en nuestros días, quienes han ensalzado la pureza racial. Chamberlain y más aun Gobineau, filosofaron de lo lindo en pro del racismo más exacerbado. Con ello se ha pretendido demostrar la superioridad de una raza sobre las demás; anhelando también fundamentar la supuesta necesidad de los hombres

providenciales; de esos «héroes», como los ensalzados por Carlyle, predestinados a tener una influencia directriz sobre los pueblos.

Para nosotros, amigos de simplificar las cosas, nos placen las concepciones filosóficas que científicamente alcanzan un sentido experimental, y que, además, llevan ese contenido ético de honda raigambre humanitaria que desde los moralistas de la antigua Grecia se extiende a lo largo de las generaciones, resplandeciendo con los humanistas del Renacimiento, y encarnando, en nuestros días, en hombres de distinta formación intelectual, mas, saturados de un amplio sentimiento liberal, como Jean Rostand, Bertrand Russel o Albert Camus. Amigos de la ciencia aunada con la conciencia. Pensadores adversarios a la idea de «divinidad», por lo que en ella han observado de retrógrado; porque no olvidan que con ella se ha amparado, a través de los siglos, la más firme obstrucción al progreso efectivo de los pueblos y al anhelo de libertad.

Al estudiar los hechos sociológicos que ensamblados van creando la Historia es curioso observar como, incluso en nuestros días, hay quienes se adentran por los vericuetos de la metafísica para con un fárrago de oscuros argumentos, pretender justificar la «divinidad». En realidad no se dice nada nuevo, nada que no haya sido dicho siglos atrás cuando los adelantos de la ciencia experimental que hoy se viven estaban bien lejos de acorvinarse.

Hay una simple justificación del ateísmo: la de que con el fantasma «Dios» se ha pretendido cercenar el vuelo del pensamiento libre, del pensamiento investigador, escrutador de lo desconocido. Pascal, en cuyos «Pensamientos» se hallan tantas apreciaciones fundamentales en torno a la vida y a los hombres, dice: «Sed creyentes, ello os embrutecerá y sereis felices». Examinando la vida de las civilizaciones; observando la evolución de la humanidad hemos de coincidir con Proudhon cuando afirmaba: «Dios es el mal». ¿Quiénes son los que han defendido a todo trance la existencia de «Dios»? Es harto sabido: la Iglesia, cuya pervivencia ha sido a costa de las mayores atrocidades. Ciertamente, puede aducirse que han habido creyentes, místicos, cuyo sentimiento de piedad, cuya bondad, alcanzaron un alto sentido aleccionador. Baste citar a Francisco de Asís, el que amaba a los pobres y desvalidos; el que tenía en estima a las florecillas de los prados, los pájaros, los seres todos de la naturaleza, incluso las alimañas, piedad hasta por el que llamaba «hermano lobo». Pero para Francisco de Asís, como en el caso de otros místicos, de otros creyentes, «Dios» era lo accesorio; lo fundamental estaba en su sentimiento hondamente humanitario.

A Teresa Cepeda, la llamada Santa Teresa de Jesús, se atribuye aquel soneto que dice:

«No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.»

Trasciende en los versos citados el latir del corazón, el grito de la propia conciencia ante el sufrimiento ajeno. La poetisa humaniza a su «Dios». Lo hace un ser que sufre en lo físico, sangrando de las heridas que se le infligen al crucificarle; que padece en lo moral, por las afrentas de que ha sido objeto; un ser que muere trágicamente en la flor de la edad. Lo sensibilidad de Teresa se siente lesionada en sus fibras más íntimas. Desentenderse del sufrimiento ajeno representaría para ella un duro reproche por parte de la propia conciencia. Uno de los pensadores que más empeño ha puesto en destruir la idea de «Dios» ha sido Max Stirner. Y bien: no ha necesitado respaldarse en ningún «imperativo categórico», o en el deber impuesto por ningún «dios» para sentir, él, considerado egoísta cien por cien, un amplio afecto de solidaridad humana —el destacado individualista!— ante el padecimiento ajeno. Dice en su conocida obra «El Único y su Propiedad», que cuando observamos que otra persona está sufriendo, nuestra sensibilidad también padece; y que gozamos cuando podemos facilitar el goce a un semejante.

Bien detenidamente demostró Guyau cómo puede fundamentarse una moral «sin obligación ni sanción». Una moral que no necesita estar presidida por ningún fantasma como la «Divinidad». Ello es de notar puesto que uno de los argumentos que usan quienes pretenden justificar la necesidad de «Dios», es el de que, con el temor de las sanciones «divinas», el individuo sigue por el buen camino, esto es, evita la depravación. Por lo cual se evidencia tener un pobre concepto del ser humano al no concebir que éste pueda realizar el bien por el bien en sí, como independientemente de ningún credo sentía en la entraña la piedad la mística de Avila, según el soneto transcrito.

En tanto que partidarios de la libertad, es evidente que estamos bien lejos de pretender que se impida a nadie el que crea en tal o cual «divinidad» de entre las muchas alrededor de las que se ha creado una religión. Nada puede objetarse al que se considera en pleno derecho de pasar el tiempo enfrascado en sutilezas metafísicas. Ahora bien: si aparte el placer íntimo que pueda sentir el deísta; la afección muy particular para con su «Dios», pretende aleccionarnos a los que no compartimos su criterio, considerando que el hecho de no ser deístas obedece a nuestro «fracaso íntimo y radical de la vida», entonces ya nos hallamos en el caso de tener que contestarle. Esto es, en suma, lo que se pretende hacer con este artículo a otro aparecido recientemente en esta misma revista.

Se ha dicho en CENIT, número 51, correspondiente al pasado mes de marzo: «Nuestro tiempo ha resucitado la cuestión acerca de Dios. Nuestra época vuelve a contemplar esta cuestión. Nuestros intelectuales vuelven a preocuparse por Dios. Es una preocupación que dignifica a la filosofía, pues el problema se discute y se investiga sobre bases científicas y no sobre dogmas o supersticiones».

No creo que precisamente haya sido «nuestro tiempo»

que ha «resucitado el problema de Dios». Ahora y antes ha habido quienes han creído o han fingido creer en «Dios», inducidos a ello por distintos motivos, desde el egoísta afán de inmortalidad del «alma», convencidos de que en el más allá tendrán una eternidad de bienandanzas, hasta los que, como aquel ramoso Capitán Araña que embarcaba a los demás y él se quedaba en tierra, han invocado al «Dios de las batallas», buscando sugestionar a las masas de soldados de sus respectivos países para hacerles ir a morir y a matar del modo más estúpido que imaginarse pueda. No puede negarse que en nuestro tiempo, como los hubo en otros tiempos, están los que, de buena fe, con la idea de «Dios» pretenden poner un dique de contención a las pasiones desbordadas. Se pretende que la «divinidad» alcance un contenido moral cuya asimilación sea susceptible de depositar el bien la bondad, en el corazón humano. Ya se ha dicho antes que no hace falta poner de por medio ningún «dios» para propagar una sana moral ampliamente humanitaria. Puede añadirse ahora que quienes pretenden ser los depositarios de la «esencia divina», moralmente dejan mucho que desear. La Historia, pasada y contemporánea, nos lo evidencia de un modo harto elocuente que me parece ahora ocioso detallar. Bastará señalar que la Iglesia ha andado y anda siguiendo derroteros de política, y de la peor...

Decir que: «nuestros intelectuales vuelven a preocuparse de Dios» resulta un tanto confuso. ¿Quiénes son **nuestros intelectuales**? Podrían nombrarse una serie de intelectuales que no es que **hayan vuelto** a preocuparse, ellos no han abandonado nunca a su «Dios», a modo de una salsa para todos los guisos. Para algunos el «Dios» en cuestión ha sido una cómoda tapadera para justificar una situación particular, una posición social determinada. Recuerdo una conferencia del notable astrónomo, Padre Rodés, de la orden de los jesuitas. El hombre estuvo hablando próximo a dos horas acerca del mundo sideral; denotando poseer concienzudos estudios en torno a la cosmología, de un modo sencillo, asequible a los profanos, desarrolló las teorías físico-matemáticas que, al parecer, rigen la vida estelar. Durante toda la conferencia el sabio astrónomo no tuvo necesidad de poner en solfa a ningún «dios», excepto en el último minuto, seguramente teniendo en cuenta la categoría social que representaba, terminó diciendo que, «por encima de todo está Dios». Una afirmación simplista **para quedar bien** con los «superiores».

El autor del artículo a que hago referencia, y que lleva por título «Existencia y Religión» posiblemente, al decir «nuestros intelectuales», se refiere a Xavier Zubiri y a Julián Marías, de los cuales, comenta dos obras. Ciertamente, los dos citados son deístas. Ahora que yo también podría decir **nuestros intelectuales** y, aparte los que antes he citado, nombrar algunos más que para nada les preocupa bregar con fantasmas que lleven el nombre de «Dios» o sus derivados. Cuatro palabras en torno a los dos intelectuales españoles Zubiri y Julián Marías. El primero es colaborador de la revista «Escorial» en cuyas páginas ha colaborado todo lo más carunda de la España fascista. Ya el título de la revista es bastante significativo. El propio Julián Marías, en su libro «La filosofía española actual», al referirse a Zubiri, dice que el carácter de su producción «ha hecho que durante muchos años la obra filosófica de Zubiri no haya adquirido figura social propia y suficiente en la mente de los españoles». En cuanto a Julián Marías, uno de los intelectuales bienquistas del régimen franquista, en algunos ensayos recientes, publicados en la revista literaria «Insula», que se publica en Madrid, con mucha sutileza ha dejado entrever la situación agobiante del escritor que no puede libremente exponer lo que siente en su fuero interno.

Aducir que la preocupación en torno a la idea de «Dios» dignifica a la filosofía me parece un tanto ambiguo. ¿En qué sentido la dignifica? ¿Cuando acumulando razonamientos muestra que «Dios» es tan sólo un fantasma? ¿Acaso pretendiendo, con acopio de cascote metafísico, probar la existencia de «Dios»?

Según el autor del artículo de referencia, ahora se discute el problema de «Dios» sobre bases científicas. Tampoco es esto claro: Si se discute en sentido de negar la existencia de «Dios», el que se haga científicamente no es una novedad. Volúmenes y más volúmenes se han escrito a este respecto. Ahora bien: si es que científicamente se quiere probar o ha quedado probada la existencia de «Dios», esto ya es más curioso. En tal caso haría falta que se nos demostrara esta maravilla a quienes, amigos de la ciencia, ignoramos que ésta haya llegado a tanto...

Francamente, me parece algo bizantino, a estas alturas, cuando tantos problemas acuciantes nos envuelven, pararnos a discutir en torno a la existencia o no existencia de «Dios». Uno recuerda las tremendas campañas de Sebastián Faure, la extraordinaria difusión de aquel libro popular que llevaba por título «La Religión al alcance de todos». Años de juventud en los que se ponía apa-

sionada impetuosidad en las discusiones. Bien pertrechados de argumentos científicos y filosóficos, conocedores además de los argumentos empleados por los teólogos más renombrados, poníamos en jaque a los seminaristas, a los aprendices de cura que, en aquella Barcelona inquieta y acogedora, de algunos lustros atrás, se atrevían allá en la Plaza Real, cerca de la algarabía de las Ramblas, discutir con nosotros. Pasaron los años y otras preocupaciones, otros puntos de mira suplantaron a la campaña anti-religiosa.

El señor de Voltaire, que además de gran escritor era, como es sabido, hombre acaudalado, importante financiero, después que en su «Diccionario Filosófico», con referencia a la Teología, no dejó títere con cabeza, se ve que meditó más detenidamente la cosa. Debí comprender que a un potentado como él un «Dios» con omnipotentes facultades de gendarme guardaría muy bien sus intereses. De ahí que dijera aquellas frases tan conocidas: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo». En lo que a nosotros, anarquistas, se refiere, enemigos de todo poder coercitivo, bien podríamos decir: Si Dios existiera, habría que destruirlo.

FONTAURA



«Beethoven», por Bourdelle

Desde los albores de las dos grandes revoluciones — la Revolución inglesa de 1648 y la gran Revolución francesa de 1789-1793 — quedó proclamado este gran principio: cualesquiera que sean las divisiones y las subdivisiones que se quieran establecer, no ha habido siempre más que dos grandes clases en la sociedad, dos partidos frente a frente en todas las revoluciones: el de los que trabajan y quieren vivir de su trabajo, y el de los que quieren vivir del trabajo ajeno; el pueblo, la gran masa desposeída, y los que quieren vivir ricamente haciendo trabajar a ese pueblo, despojándole de la mayor y la mejor parte del fruto de su trabajo.

Pedro KROPOTKINE.

turas de autores antiguos y modernos no pueden darles la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrán noción de lo que es el socialismo como la tendria del mar quien lo contemplase en un buen cromo. Pero es menester embarcarse, asomar cuando menos a la costa para admirar el grandioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro. Acérquense al obrero sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se le discuta; pretenden que se les escuchan y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no censurará que se aice la aristocracia de la pluma. Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales — que si los habrá —, que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera. La hipérbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

(Natura, núm. 1, Barcelona 1 Octubre 1903.)

LA LUCHA DE CLASES

No se puede sostener con razón en nuestros días que la contienda social se encierre en los términos de lucha de clases.

El Socialismo contemporáneo arranca, es cierto, de la afirmación rotunda de esa lucha, y en el espíritu exclusivista de clase se ampara y se ampara. Mas en el correr del tiempo, la evolución de las ideas se ha cumplido y estamos muy lejos de las murallas chinas que partían, por gala, en dos a la sociedad humana.

A la hora presente, hay más socialistas y anarquistas en la clase media modesta que en las filas del proletariado. Los obreros, en general, permanecen inconscientes de sus derechos, dormidos por las aspiraciones emancipadoras, interesados a lo más por pequeñas y discutibles ventajas de momento. Los militantes obreros del socialismo y del anarquismo son, por lo regular, gentes escogidas por su ilustración, por sus gustos, por su peculiar intelectualidad. Pero fuera de esta pequeña minoría, el socialismo y el anarquismo tienen el núcleo principal y más numeroso de sus adeptos en el mismo seno de la burguesía. La literatura social, el libro y el folleto de propaganda,

Viene del Jehová bíblico, del Cristo evangélico. Dondequiera hay un libro **santo** que en cualquier lengua pregona la virtud del holocausto. Hay que prosternarse ante algo. Cae de rodillas el místico; rinde su vida al fanático; y, por inversión de términos el revolucionario divaga la locura milagrera de las maravillosas transformaciones.

No les arranquéis su ilusión, su querida ilusión. Se defenderán como leones, os desgarrarán como panteras, rugirán como hienas. No hay animal más fiero que el creyente.

¿Declararse equivocado, enmendar el rumbo, abrirse a la luz de la verdad que brota, de pronto, del arcano? ¡Imposible! Luchando consigo mismo, el hombre del ideal persistirá terca- mente en el yerro, se obstinará en la aberración, luchará por- fiado contra el torrente que quiere arrasarlo. La fe, la inque- brantable fe, estará en guardia siempre. Y ya se llame religiosa, ya política, ya filosófica y social, impugnará todas las demasías del pensamiento, encerrándose en su fanático, incommovible dogmatismo.

Cambian los nombres, las figuras, las representaciones, los cultos; cambian los artificios de lógica, las construcciones men- tales; cambian el léxico y la retórica. Una sola cosa permanece inalterable: el mito.

Como viejos creyentes, lloramos ante el ídolo que se de- rumba y, si no podemos reconstruirlo, creamos uno nuevo. Es preciso estar siempre de rodillas delante de alguna cosa.

He ahí por qué a través de todas las transformaciones ide- ológicas el ideal permanece irreduciblemente idéntico a sí mismo. Aun en las mayores alturas, el ariete demoledor no se diferencia gran cosa del cachivache que incienso a los dioses y encumbra a los señores de la tierra. Son distintos instrumentos de diferentes cultos.

Parece como si se hubiera petrificado en el alma de los hombres el hábito de la adoración; en su cerebro, la idea de lo maravilloso; en su carne y en sus huesos, la funesta tenden- cia al servilismo.

En vano será que claméis por la independencia del espíritu. Los más libres se agarrarán desesperadamente al clavo ardiendo de su idea hecha.

No podrían vivir sin el amo de órganos articulados a sin el amo de trabazón ideológica. Es menester sentirse dirigido por algo y para algo. Estamos hechos para la esclavitud. El látigo es también un icono.

El batallar de los siglos nos ha traído a tiempos en que el idealismo dogmático va a estrellarse contra las rocas del espí- ritu libre. Más allá del ideal, hay siempre verdad, hay siempre justicia, hay siempre razón. Nadie osaría demostrar que el desenvolvimiento de las ideas tiene barreras infranqueables. El límite es absurdo, es imposible. No pongáis muros al pensa- miento. El mismo pensamiento los derribará como a frágil fábrica de cascate. Abrid vuestro entendimiento a los más atra- vidos análisis; rendíos a todas las verdades que vayan sur- giendo; no os petrifiquéis en el quietismo de una concepción bella, por amplia y grande que os parezca. Conviene tener el

espíritu dispuesto a todas las transformaciones. Más allá del ideal, hay siempre ideal.

No hablamos sólo para los creyentes incurables del pasado. Hablamos más bien para los creyentes de la revolución, del porvenir dichoso, de la felicidad verdadera. Hablamos para los soñadores que, creyendo demoler, reconstruyen; que, juzgándose revolucionarios, son la persistencia dogmática, ciega, de las viejas aberraciones.

En todas partes parece que surgen gentes nuevas, nuevas legiones de bravos luchadores por cosas novísimas. Desconfiados, traen a cuestras los fanatismos hereditarios. Tal vez avanzan iluminados por el espíritu de secta. Acaso los guía la visión lejana de una nueva deidad. Encendidos, por si acaso, todas las luces. Y vosotros mismos, desnudos ante la multitud para que os vea limpios de idolatrías y de servilismos.

Todo el que se considere al término de su viaje es hombre perdido para la revolución. Parecerá adorando su ídolo o llorando su acabamiento. Será como todos los viejos creyentes. Más allá del ideal, hay siempre ideal.

(El Libertario, núm. 22, Gijón 11 Enero 1913.)

COSAS MUERTAS

Todos los cultos declinan. A pesar de la propensión humana a postrarse ante algo; a pesar de la fe transmitida de generación en generación durante siglos, se agostan las creencias, vacían las ideas, fenece los ritos. Los más antiguos dogmas flaquean en la conciencia humana. La fe está muerta aún para los recaleitrantes.

Si por inclinación hereditaria formamos nuevos ídolos y nos arrodillamos ante ellos, bien pronto el culto decae y, al fin, perece.

La neofilia política inventó también sus mojigangas rituales. La neofilia social, sus efemérides, sus santos queridos, su culto místico. La revolución, sus fetiches relampagueantes. Sin luminarias, colorines y trapajos, no hay, para el hombre, fe posible ni entusiasmo aceptable.

Pero a la hora presente sólo queda la rutina de todos los cultos. Viven éstos vida lánguida y monótona, vida automática, fiel a la costumbre. Se va a misa de la misma manera que se acude al paseo para dar vueltas de noche durante un par de horas. Se acude al mitin conmemorativo del mismo modo que se va al cine o al teatro. Se concurre a la ceremonia religiosa, política o social, como quien cumple una función penosa, para fastidiarse y aburrirse por hábito. No hay fe, no hay entusiasmo, no hay convicción. Podrían conlarse los petrificados en la adoración de las cosas muertas.

Los mismos escritores emborronan sus cuartillas en fechas determinadas por rutina. No habiendo a mano nada nuevo que decir, zurcen unas cuantas vulgaridades para salir del paso. Los oradores repiten los mismos lugares comunes sin arte y sin entusiasmo. Y los lectores o los oyentes bostezan atro-

lismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de excepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales, nos parece perfectamente inútil.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Porque, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por el pueblo. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal habían, que no se conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabel, Proudhon, Marx, Bakunin, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conocen todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que **experimentalmente** han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que emplezan ahora a ir a remoique de aquellos? Las mismas **leyes protectoras** que han promovido algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas **leyes malas**; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia, el **domicilio coatto**. ¿No fueron la resultante de incultas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularían opiniones que revelan a un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lec-

bajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aun cuando no la confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualquiera que sea su profesión de fe, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atributos, pero revelarán a seguida que no se sienten ni se piensan iguales ni aun al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con el fumiste: «¡También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales a los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación a los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian o rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socia-

mente, hastiados de la ramponería cullerana que no acierta a galvanizar el cadáver de la idolatría.

Por rutina, el 11 de Febrero hay todavía mítines y banquetes. Por rutina, el 18 de Marzo se escriben unos pocos artículos y se pronuncian unos cuantos discursos para recordar a los heroicos comunalistas de París. Por rutina, los periódicos editan números extraordinarios para conmemorar fechas o acontecimientos. Por rutina, los rezagados de todos los ideologismos continúan adorando en sus queridos iconos y en sus gloriosas efemérides. El culto no tiene otros mantenedores que las monías en dos pies de todas las creencias.

La muchedumbre, inteligente o ignara, que camina hacia el porvenir, se aleja poco a poco de esas adoraciones. Los hombres de pensamiento y de corazón, los revolucionarios conscientes de su obra, las repudian y condenan abiertamente. Los sacerdotes de la religión teológica y de la religión filosófica; los sacerdotes del mito político y del mito social, se quedan solos. Son como el cura de la novela de Zola, diciendo la última misa en la última iglesia.

Íntil esforzarse en apuntalar la torre secular que se viene al suelo. Locura, ponerse delante de la ola de escepticismo general que arrolla y destruye a su paso los cachivaches de la fe. Son cosas muertas en la conciencia humana. No se cree, no se adora, no se idolatra. El pensamiento se yergue poderoso sobre todas las fragilidades de la sensiblería mística, así se escude tras las idealidades renovadoras. La revolución pudo tener, tuvo sus monigotes canonizados, sus fechas santas, su culto y su rito. El entusiasmo neófito la saturaba de misticismos y de idolatrías. La razón madura la quiere iconoclasta, irreverente, escéptica. Y así, en nuestros días, muere no sólo la fe arcaica, sino también la fe novísima de los nuevos idealismos.

Quédese para los fósiles revolucionarios el pueril entretenimiento de los banquetes y de los mítines conmemorativos. Las falanges de la revolución tienen algo mejor que hacer. No están por gastar su tiempo en vestirse de arlequín y ensayar pasos de baile. Es demasiado zafia la revolución proletaria para distraerse con las fligranas deslumbradoras de un aristocratismo muerto, de puro corte burgués.

La revolución obrera quiere sustancias, cosas vivas; no cosas muertas.

(El Libertario, núm. 28, Gijón 22 febrero 1913.)

MORAL

PESANTES DE LA IMMORALIDAD

Cogiéndome del brazo, decíame un buen amigo, ni revolucionario ni obrero, mas clarividente e ingenioso de suyo:

—Amigo mío: la inmoralidad es una cosa muy pesada; viene siempre de arriba a abajo; obedece a la ley de la gravedad. Si entra usted en una oficina pública y observa que cada empleado se tumba a la bartola, si llega usted a saber que cada quisque roba lo que puede, dirija usted la mirada hacia arriba, a la jefatura, que de allí vendrá todo. Cuando el jefe es negligente o dispone del material o de los intereses cuya administración y custodia le está encomendada, los subalternos, viéndose en tal espejo, arramblian también con lo que pueden y hacen lo menos posible. Si el jefe es grosero, los subalternos serán groseros; si el jefe es lumbón, lumbones superlativamente serán los empleados. La inmoralidad es como la piedra que cae. La velocidad se acelera uniformemente, y cuanto mayor es el espacio recorrido, más grande es la velocidad final. Hasta el centro de la tierra llegaría, si la costra terrestre no lo impidiera. Así ocurre con los hombres. El último mono, que es el que suele cargar con todas las culpas, recibe el golpeazo de la inmoralidad en su máximo desarrollo.

Quedeme mirándole un si es no es asombrado de su clara percepción de un fenómeno social en que diariamente andamos metidos.

Lo que ocurre en la oficina pública, sucede en todas partes. La casa de comercio, el taller, la fábrica, siguen la misma ley de gravitación immoral que mi amigo señalaba. Hasta donde la influencia deletérea de la rutina política y administrativa parece excluida, la ley se cumple. Agrupaciones sociales, sociedades artísticas o de recreo, empresas periodísticas, etc., etc., todo está sometido a la pesantez de la inmoralidad. Si arriba se distrae lo ajeno, abajo se olvida todo compromiso. El ejemplo es más poderoso que la preceptiva. Siempre los hechos son más contundentes que las predicaciones, más eficaces que las palabras.

Es muy singular que allí donde mayores sean los alardes de honorabilidad, más grande sea la desmoralización. De arriba vienen los elocuentes discursos repletos de profundas palabras; las sentencias graves fulgurantes de rigorismo ético; los reglamentos y leyes y códigos henchidos de sabias máximas, de imperiosos mandamientos a la conciencia pública. ¿Y hay nada más atrocemente immoral que todo lo que arriba bulle? Cada respetable personaje, suele ser un bribonzuelo lleno de máculas; cada

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdónese la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlos a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Quiérese la distinción bien mareada entre la semi holganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo, que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, si no iguales, análogos. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza a los señoritos, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odia colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas, ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no intelectuales, desdeñ arraigadísimo para la balsa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almberrado horitera hasta el más conpucio burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro, a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdeñ? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos no se sentirían molestos, casi deshonrados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desaharrapados a quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio; lo preferiré toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual a igual; el desprecio, un sentimiento de superior a inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunden, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el tra-

TEMAS SOCIOLOGICOS

LA HIPEOBOLIA INTELLECTUALISTA

OBREROS INTELLECTUALES Y OBREROS MANUALES

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra **intelectual** aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aun de anarquistas se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, **intelectuales**. Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabra, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad humana? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envalnecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo, y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente manual: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

sesudo moralista, un granuja redomado que no hay por donde cogerlo. Podría decirse que quien más vocea la moral es quien más la encanalla.

No es preciso aducir ejemplos. El lector conoce siempre más casos que los que pueda citar el escritor. La vida ordinaria es un arsenal de concupiscencias. No hablemos de la administración pública. No hablemos de las grandes empresas mercantiles e industriales. No hablemos de nada, que todo es de ruindad insuperable. En cada hijo de vecino no hay, no puede haber más que un tunante más o menos revestido de persona decente.

¿Y cómo no? La vida social está organizada para eso, orientada en esa dirección precisamente. Tiene algo de emboscada, algo de asalto. Caminante que se descuida, cae víctima de cien bandidos que le acechan. El que quiere permanecer honrado, sucumbe en la miseria. Es forzoso seguir la línea de menor resistencia, acomodándose al medio, es decir, degradándose, robando, matando, si es preciso.

¿Exageración? Nada de eso. Las formas suaves, los subterfugios, las zancadillas habituales ocultan apenas la realidad abrumadora del banditaje legalizado. Llegamos hasta creer muy honorable y muy justo incurrir en las más grandes inmoralesidades porque las leyes y las costumbres han sancionado todas las vilezas. Pero en el fondo, si nos detenemos un momento a examinarnos por dentro, estamos podridos de inmoralidad. Somos capaces de arrastrarnos por el lodo, de envilecernos en el pillaje, de manchar nuestras pulcras manos con la sangre del vecino. Todo para llegar, para vencer y después... para morir como cochinos.

Mi amigo, ni revolucionario ni obrero, se exaltaba. Desprendíme de su brazo y le dije:

—Habla usted como un anarquista. Cuidado con la cárcel.

Y me replicó tomando mi brazo otra vez:

—Pues no me importa ir del brazo de un anarquista. El anarquismo es poco.

(*El Libertario*, núm. 7, Gijón 21 Septiembre 1912.)

MORAL DE OCASION

No diremos ninguna novedad si afirmamos que nuestras nociones morales están muy lejos de responder a las exigencias de la naturaleza y de la justicia.

Con la naturaleza riñen abiertamente apenas se esboza el problema de las necesidades fisiológicas, tales como la alimentación y la reproducción. Con la justicia, tan pronto irrumpe el antagonismo de los intereses.

Por harto sabido, no es necesario repetir que se llama ladrón al que se apodera de algo que necesita y hombre honrado al que diariamente sustrae a los demás hombres que para él trabajan una parte considerable del valor de su trabajo; no repetiremos la vulgar consideración que reputa barragana a la mujer que libremente se entrega al amor de sus amores y respetable señora a la que toma en arriendo un nombre que sirva de tapadera a sus devaneos. Olvidado tiene todo el mundo que vivimos por

completo a merced de una moral acomodaticia o de ocasión.

Mas profundizando un poco en la materia, se observará que los falsos valores de la moral corriente llegan a alterar hasta la condición misma de los individuos, mixtificando sus juicios y sus sentimientos. Dase frecuentemente la paradoja de que estimemos de diferente manera hechos absolutamente idénticos. Lo que tenemos por heroicidad en unos casos, lo llamamos otras crueldad, salvajismo, barbarie. Un hombre de ciertas condiciones es un monstruo o es un héroe, no según la naturaleza de sus actos, sino según las circunstancias concomitantes de los mismos. Santo o demonio es cualquier individuo excepcionalmente dotado, no según su conducta, sino según las preferencias ideológicas que le animan. En todo momento aplicamos distintos pesos y distintas medidas y, por consiguiente, nos quedamos tan satisfechos y tan ufanos de nuestra incomparable moral.

Ni aún en los momentos de las grandes crisis sentimentales queremos rendirnos confesando la antinomia irreductible en que vivimos. No hay voluntad bastante para revisar nuestros juicios y reconocer el vicio de origen que nos conduce a falsear las más elementales nociones de equidad. A lo sumo, nos asombramos de que un hombre a quien teníamos por honrado, valeroso, buen ciudadano, etc., caiga de pronto en el abismo del crimen o en la depravación del vicio.

Y, sin embargo, casi nunca hay contradicción en el caldo. La contradicción está en nosotros. La contradicción está en nosotros porque lo que en una ocasión consideramos como valor heroico, lo juzgamos en otra como ferocidad inconcebible. Bajo la influencia de las ideas metafísicas de patria, de honor, de caballería, etc., o de fe religiosa, de abnegación política, de civismo ciudadano, todos nuestros principios morales se trasmutan. La medida es absolutamente distinta de la que aplicamos en la vida ordinaria.

Hay estatuas levantadas a hombres cuyo mérito principal ha consistido en ser azotes de la humanidad. Si estos mismos hombres hubieran aplicado sus instintos feroces en la vida corriente y moliente, habrían sido de seguro llevados a la piqueta y colgados de un palo. Esencialmente no existe diferencia entre uno y otro orden de hechos. Cada cual da de sí lo que lleva dentro según las circunstancias y el medio en que se encuentra. Aquello que está inserto en nuestro organismo por la herencia, la tradición y la educación, no se borra por el solo hecho de nacer y vivir en una u otra esfera social. Lo que hace es acomodarse a nuestra moral de ocasión y nada más.

¿Cómo no nos damos cuenta de que ciertos hechos criminosos, ciertas conductas depravadas, son, en el fondo, traducción fiel, en otro medio distinto, de inclinaciones grabadas en un organismo defectuoso, cuyas heroicidades hubiéramos aplaudido y orlado de flores en diferentes circunstancias?

La educación en los falsos valores morales, desarrollando los instintos feroces, las inclinaciones guerreras, los egoísmos brutales, las ambiciones y las envidias mortificantes, es la que favorece la formación de esos monstruos que de tanto en tanto anonadan a la humanidad.

religiosidad que no pasa de los labios. Tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto a la vida honesta y sencilla, a la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, abiertamente franco y noblemente desinteresado. Volvamos, sí, a las costumbres modestas, a las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencia, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en plena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad. Llamemos a todas las puertas, forcémoslas, si es preciso: que nuestra personalidad se ofrezca a la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso a la sencillez, a la independencia y a la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen a fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tercamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños, si es necesario. Que la verdad sea el cauterio implacable de todas las llagas que nos apesantan, asfixiándonos en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.

(Acción Libertaria, núm. 22, Madrid 17 octubre 1913.)

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral, el idealismo transcendente, de la política rancia, todo el mundo se entrega a las más bajas pasiones. La ambición se desborda: ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza: egoísmo raquítico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los sentimientos, al servicio de la pasión. Es menester «arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca». «En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo: no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general.»

Se miente religiosidad, se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad. La cucuña tentadora, la cucuña política, la cucuña de la riqueza, la cucuña del renombre, la cucuña del aplauso: he ahí todo. Hay que trepar aunque sea arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepad, pues, hombres del día. Trepad los que aspiráis a gobernar, los que queréis dirigir, los que soñáis son brillos de efímero deslumbramiento; trepad los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepad los que os creéis elegidos, predestinados a una hegemonía literaria, política, científica o social; trepad todos a porfía, que la masa estulta os ayudará placentera, creyendo o aparentando creer en vuestras promesas de gloria o de bienestar o de grandeza; en vuestros mentidos servicios; en vuestra necia superioridad.

Que mientras trepáis no fallarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera. Una vida sencilla, honesta, sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá del estrépito de todas las cucuñas al venir al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez, es la fuerza de un mundo que se adelanta a los tiempos, que viene a todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social y purificar la conciencia de los individuos dotándolos del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso o indiferente, egoísta o desinteresado, blanco o rojo, sabio o necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario o del amigo, la mano del héroe o la mano del sabio, la mano del necio o la mano del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal, no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza, no aparentemos una piedad que no se siente, una

No nos parecen bastante repugnantes ciertos hechos hasta que dan todos sus espantosos frutos. A cada momento y en cada instante pasamos sin inquietarnos al lado de los vicios más repulsivos, de los delitos más odiosos. Les aplicamos la moral de ocasión sin que nuestra conciencia nos acuse de la más ligera complicidad. Somos, sin embargo, amparadores y factores de vicio y de delito cuando no viciosos y delincuentes. Nuestro asombro en las grandes crisis, es nuestra acusación.

Habremos de revisar todos nuestros valores morales, todos nuestros falsos valores morales, para no quedarnos mudos de terror ante la fiera humana que nosotros mismos hemos modelado. Del fondo mismo de la vida social arranca la barbarie civilizada. De la entraña misma de nuestra organización pública brota la iniquidad, la lucha brutal, la despiadada crueldad que nos deshonra y nos envilece. Una moral sincera que hiciera hombres buenos, acabaría con el monstruo humano. Pero esta moral deseada es imposible en un mundo de castas, de privilegios y de irritantes desigualdades. Esta anhelada moral será la obra de un porvenir en que sólo soñamos unos cuantos utopistas. Y el sueño se convertirá un día en realidad o la especie humana habrá desaparecido en el abismo de todas las festiuidades.

(Acción Libertaria, núm. 4, Madrid 13 Junio 1913.)

PRIMOS Y VIVOS

Un camarada del otro lado del Océano me plantea una serie de cuestiones que daría bastante de sí para escribir un volumen.

No caeré en la tentación de hacerlo, por la sencilla razón de que me falta tiempo y mimbres. Pero sí quiero complacerle, y este artículo se lo dedico por entero. De soslayo y muy someramente procuraré abordar aquí algunas de sus proposiciones.

Es lugar común, harto conocido, que en la vida social quien bien se conduce hace, generalmente, el primo. El éxito, por el contrario, eleva a los vivos. Los vivos son los fuertes, los sabios, los buenos. El resto, pura morralla.

Esta común experiencia se da, no solamente en el próspero reino de la burguesía, sino también en los miserables ranchos del proletariado. El hecho se repite, así en el seno de los partidos como en el de las escuelas sociales, así en las agrupaciones capitalistas como en las sociedades obreras.

Quienquiera que no viva de ilusiones observará que, pasados los tiempos del entusiasmo neofito, se han colado en el campo social multitud de vivos que ordeñan la ubre obrera maravillosamente. Donde ellos no sacan tajada, ni dios la saca, valga lo vulgar de la frase. Más obreristas, más socialistas, más sindicalistas, más anarquistas que ellos, no hay nadie. Y lo peor es que se dan trazas para hacerse pasar por los mejores y los más sinceros. Los borrónes de su historia se esfuman por arte de magia. Hay una esponja bienhechora de todos los granujas.

Para estos exaltados revolucionarios son los aplausos, los éxitos y las pesetas. Los donaciones se quedan boguabiertos ante la elocuencia abrumadora y la irreductible rebeldía de estos vivos que se tienen y hasta los tienen por eminencias, naturalmente a la modesta medida del proletariado militante.

Mientras tanto, los que silenciosamente laboran, los que rinden continuo tributo a la abnegación callada, los que dicen y hacen lo que buenamente pueden, éstos, más que el primo, hacen el bobo si no les ocurre algo peor, y es verse maltratados y zaheridos por los *supers*, que mejor que nadie saben ser libres y rebeldes.

No es raro que los unos, los vivos, acaben en confidentes o en policías; concluyan por vender su pluma o su palabra al primer gánán burgués que les brinda una prebenda. Es frecuente que los otros, los primos, terminen en el desaliento y se vayan a rumiar su desencanto, o en la paz del hogar o en el letargo de la taberna.

Estos no volverán más. Aquellos pueden volver siempre, sobre todo si hay algo que chupar.

¡Desconfiad, amigos, de los viles falsificadores!

Un hombre de partido, aunque sea un anarquista, puede tener deleitos y vicios. Cualquiera, proletario o burgués, comerciante o industrial, explotador o explotado, puede ser socialista o anarquista. Poner su conducta al compás de sus ideas, no pasará de ser un buen deseo. Para el obrero, porque la explotación le esclaviza y la autoridad le oprime. Para el burgués, porque su negocio o su posición le colocan en la imposibilidad de practicar sus ideas, por altruistas que sean.

En el campo fecundo de la idealidad todo es posible. Mentalmente podemos considerarnos tan anarquistas, tan libres, tan iguales como queramos. En el terreno de la realidad actual estamos constreñidos a esclavizar o a ser esclavizados.

Precisamente por eso luchamos. El salto de la realidad a la idealidad, se llama revolución.

No hablen de virtudes y de vicios. Probablemente no hay por donde cogernos. Entren todos y saiga el que pueda.

Pero lo que no ha de consentirse es que las ideas sirvan de manto que encubra lacras individuales. Y desgraciadamente de esto hay gran abundancia.

La escuela de los vivos enseña que la anarquía es orgiástica y desentrenada. Todas las debilidades, todas las repugnancias, todas las depravaciones humanas tienen un determinismo que razona la ciencia; tienen otro determinismo que masculina los rufianes del ideal, los granujas que viven de inconsecuencias y de alardes, de bajezas y de desplantes.

Cuando veáis a un chico, ponédlo en cuarentena.

El hombre de ideas, si tiene vicios, ha de tener asimismo el valor de confesarlos sin arrojar sobre su caro ideal la mancha propia. No podemos ser ángeles; no es necesario que lo seamos. Mas siendo sencillamente hombres, no confundiremos las reali-

dades bajunas del presente con los generosos y nobles ensueños del futuro.

Aspirar a la libertad y a la justicia es digno de las almas nobles y dignifica a las pobres almas torturadas por la podredumbre atávica.

Observo que me he lanzado a moralizar en dómine. Perdonad, amigos.

Tengo también mis horas niezscheanas. Todas las virtudes son embusteras. Mienten bondades los cobardes, como mienten arrestos los chicos. Hay viciosos heroicos y virtuosos canallas. La basura inominada que no es carne ni pescado, me apesita. Prefiero la sinceridad brutal del que no anda con tapujos. Los cómicos son la peor ralea de la humanidad. ¡Y son tantos los cómicos entre nosotros!

Vale la pena de estar siempre en guardia.

Aunque esto es muy trabajoso y preferiría que siguiéramos nuestro camino sacudiéndonos las moscas que tanto nos molestan.

Creedme: se impone una campaña de saneamiento.

Son demasiados los vivos en nuestro campo y es ya hora de que no hagamos el primo.

Bien vale el ideal este primer esfuerzo de emancipación.

(Acción Libertaria, núm. 8, Madrid 11 Julio 1913.)

SINCERIDAD

Es un espectáculo triste el de nuestros días. La mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad. El vicio gana a los hombres y a las mujeres, a los ancianos y a los niños. La vanidad desvanece el cerebro. Hipócritas y fatuos, embusteros y degradados, corremos tras miserables fines de pasajero goce.

Invidiosos por el escepticismo más repugnante pisoteamos la conciencia, despreciamos la personalidad. Todo es igual si cuidadosos aparentamos cualidades que ni nosotros mismos ni nadie nos reconoce.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos a la maldad. Nuestra educación política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra afección, todo, absolutamente todo, descansa en ese compromiso.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión de la realidad que se impone por dogma. Contemplamos a un hombre cualquiera, sean las que fuesen sus ideas y sus sentimientos, y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. Los escépticos declarados se confiesan o se excusan. Quien se excusa se acusa, ¡el no sé donde. Los que tienen o parecen tener ideas, aspiraciones, veían lo mejor posible su propia insania. Provocados, y os enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

NEOEXIEGIESIS DE LA CONQUISTA



ON la conquista española, tuvo lugar en México — quíerose o no — una revolucioncita; quiero decir, un movimiento de este género algo descosido, pero terminantemente positivo y real. Vamos a ver si sacamos nosotros a flote esta verdad de grueso calibre, que se les ahoga y les naufraga en el tintero a los pensionados del infundio con cruz de S. Fernando; a los que se les hace escribir a sueldo crónicas, no para revelar la esencia divina de las cosas y los hechos, sino para que le tapen el ojo al macho y arropen a la del pozo en los 7 velos y pantaletas de Isis o Ianit. No hay que pensar — fuera ello *afon, álogos, ág-nomon*, como diría Aristófanes — que el canibalismo y las sodomías, que algo gratuitamente y para justificar lo inco-honestable, se atribuyen a los aztecas precortesianos, fueron ferocidades y turpitudes, que manchasen a toda la población de México; no. La gente aquí, a la sazón, hacía tiempo que estaba fuera de la selva y había ya inventado la delicia del chocolate; y los padres no se guisaban los hijos, para servirlos bien pebrados a manteles. Menos aun, de chicos, les inflingían corpóreos vejámenes, más dolorosos que la muerte misma. El comercio sexual contra natura, casi vulgar en Grecia y Roma, taró en el Anháuac, como en la celeste mansión, únicamente a los blancos elefantes del privilegio y el monopolio: caciques, sumos imperantes y papas o popes o levitas. En esa corrupción un consecuente hábito del apetito posesorio, de la avidez adquisitiva y de la concupiscencia apropiacional. La monta profesional y caballar del súbdito, conduce inexorablemente a la remonta del pleno poder y a todas las aberraciones autoritarias. En el loco furioso, que momentáneamente es el guerrero, late siempre un antropófago en potencia, que, a la primera escaramuza pasa a acto. En España los que riñen, dicen que van a comérsele los hígados al contrincante, como si fueran de oca; y en México, se le cenaban el vencedor al vencido vivitas y coleando las frechuras, bien en crudo, bien fritas a la brasa de su cólera. Contemporáneamente asaba en la metrópoli herejes la Inquisición, y en los teocalis mexicanos se untaban los sacerdotes el bolillo en la grasa de las víctimas, que se lamían como azúcar. Las hornadas de judíos, que con judías el hitlerismo se brindó ¿eran menos bestiales que los banquetes de Huichilobos? Los españoles allanaron los dominios del gran Moctezuma, las sierras madres Oriental y Occidental, no tanto blandiendo la tizona, pegando santocrístazos y tirando al terrero, como tremolando el programa político de ofrecer la luna, sin de cierto desterrar las indecencias ambivalentes y acabar con los sacrificios humanos.

Además de ser eso de una lógica que rebana, los folletines de Bernal Díaz no dejan lugar a dudas al respecto. La masa laboriosa multinacional y pluriracional de estas contradas, soportaba tan viles tiranías, como hoy España y Rusia, porque no se podía contra ellas valer con ni sin muletas. Y vió en los advenedizos, no teules, semidioses o centauros, como Chocano decía, sino simples abogados circunstanciales y aflojadores del yugo que la tenía sin resuello.

No luchó más que episódicamente contra la invasión foránea; se cruzó ante la misma poco menos que de brazos. Y por estos motivos fué posible y exitosa la penetración o internación en sagrado. ¿Cómo de otra manera cabía que 450 Martes de morral y alpargata rompiesen con cañones de bazar que tiraban piedras y pelotas, a ejércitos de 30 y 40.000 hombres, armados de hachas, lanzas, mazos, arcos, hondas y montantes, que eran unos espadones que se necesitaban las dos manos para esgrimirlos?

Ni que las legiones indias hubieran llevado cañas de pescar por armas al hombro, era posible su desbarato. Los mexicanos son la familia más peleonera de todas las barriadas del orbe. Sus cuchilladas no valen menos que las de cualquier otro. De hombre a hombre, puede la suerte intervenir. Pero, no hay individuo que, armado o inerme, con sus exclusivas fuerzas, ni pistoloneando y tirando mandobles, derrote a cuatro mexicanos en pie de guerra y que boxean con sus puños únicamente; ni a tres ni a dos. A Cortés, por tanto, le asistieron razones, no empellones. Le puso la victoria en sus manos la astucia, no la estaca; era un pícaro de la aventura. Sus batallas son teatrales; a veces, hasta de opereta. Su política, en cambio, redunda pestaña. La evidencia de lo que decimos, la precipita por los ojos el partido que entre las mexicanas tuvo D. Hernán. Los caciques le ofrecían sus hermanas, sus hijas y sus esposas en paquetes al huésped molesto. Aquellos generosos donantes de fincas que no eran suyas, resultan tipos de una bajeza que rinde el alma, y por los que debieron sentir sus mujeres un asco de purga: el que inspira todo amo flojón y cruel. El trato menos rudo y despótico de los llegadizos tarzanes, les ganaron a las malinches el corazón. Imaginar que fué esta capitulación conmovedora un flechazo que aciertan en el femenino sentir los chivos barbones, ya completamente ajados, que mandó Velázquez desde Cuba a rescatar estas riberas, es hacer una charada de peluquería, del más delicado vasallaje u homenaje, arrancado al alma tierna y delicada de la Eva indígena por la fina conducta y los buenos modos caballerescos.

Angel SAMBLANCAT

Cuentos de la Noche

El entierro a la luz de la luna



ILENCIOSA, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la mujer miraba fijamente el cadáver. Ninguna lágrima se desprendía de sus ojos, resecaos por largos llantos.

Pero una gran congoja, una tristeza sin nombre, un dolor recóndito, callado, más patético en su silencio y en su ausencia de exteriorización, atenazaban su alma.

Su Luis estaba muerto. Para siempre. Ya nunca más volvería a oír su voz, su risa, su palabra alegre. Aquellos brazos rígidos, ya nunca más volverían a estrechar su cuerpo. Aquella boca inerte, ya nunca más se posaría sobre los labios, mustiados y encallecidos, de la vieja compañera, de la compañera de toda su vida.

El tiempo estaba abolido para ella. En esta hora de la muerte, lo que la esposa evocaba era el día en que se dieron el primer beso; el día en que se casaron; el día en que les nació el primer hijo. Todas las grandes efemérides de su vida de amantes revivían en esta hora siniestra.

Todo estaba terminado. Ya nunca más volvería a ser. Ya nunca más tendría ella al lado la sombra viril, protectora, junto a la cual se había deslizado su vida de mujer.

¿Qué sería de ella ahora? Los hijos la querían, pero cómo faltaría la energía del padre, su autoridad moral, su ejemplo, su firmeza directoral. Aun en aquellos años espantosos, de zozobra constante, de angustia de todas las horas, de existencia secreta, clandestina, sobre él había ido girando todo aquel pequeño universo familiar. Muerto ahora, ¿qué ocurriría?

*

—Vamos, madre. La hora se acerca.

La voz del mozo temblaba. Aquel gran cuerpo rígido, tendido en la cama, ¡cómo le imponía!

Hacia dos horas que él y su hermano cavaban la fosa en el huerto. Ahora sería necesario trasladar los restos, conducir el cadáver del padre hasta el hoyo, cubrirlo de tierra, plantar encima alguna cosa, para que nadie pudiera sospechar, al día siguiente, el trabajo hecho por la noche.

Uno de los más terribles y frecuentes dramas de la España sumida bajo el terror franquista, encontraba su epílogo en aquella noche.

Telleira había sido uno de los hombres más significados de la cuenca minera del Bierzo. Secretario del Sindicato de su pueblo, cuando estalló la revolución, él se convirtió en el centro de todas las actividades económicas y sociales del lugar. Presidente de la colectividad, gracias a su espíritu ecuaníme, a su energía, a su trabajo infatigable, se pudieron hacer y sostener las cosas. Por desgracia, todo aquello duró muy poco. Cuando cayó Asturias, poco tardó la comarca en ser arrastrada. Las fuerzas franquistas entraron a sangre y fuego en el pueblecillo. El escapó a la montaña con los más significados; en ella estuvieron durante largos meses. Entretanto, su mujer detenida, los chicos recogidos por parientes.

Al cabo de más de dos años de encarcelamiento, la esposa de Telleira fué libertada. Volvió al pueblo, recogió a los hijos, y, como pudo, a base de toda clase de trabajos y de esfuerzos, fueron viviendo ella y los chicos. Pero la ausencia del marido era una lenta consunción para ella. Cuando la nieve cubría las montañas, cuando pasaban los destacamentos de guardia civil y de policía armada, organizando las batidas con que se perseguía a los guerrilleros, la mujer de Telleira sentía desfallecer de angustia su cuerpo.

Una noche compareció el marido. Con una barba de muchos días, hirsuto, sucio, flaco, vencido.

—Vengo a entregarme —dijo tristemente. Pero antes he querido abrazaros.

Ella se cogió a él como una leona.

—¡A entregarte! No, que te matarán, como han matado a tantos. Ya estás aquí. Aquí te quedarás, el tiempo que sea.

Con energía indomable, ella organizó la existencia. Los chicos supieron callar durante cinco años. Nadie sospechó jamás que Telleira estaba en su casa, escondido en la cueva, saliendo sólo de ella por la noche, cuando, las puertas bien cerradas y siempre con el escondite preparado, pasaba unas horas entre los suyos.

En la cueva, casi a oscuras, Telleira trabajaba. Su esposa aceptó hacer funcionar una máquina tejedora en su domicilio, a cuenta de un establecimiento de Fabero. Era Teillera el que la maneja durante

las mañanas y su mujer por las tardes, para evitar el ser sorprendidos. Un poco de luz que penetraba en la cueva, le permitía a él hacer este trabajo, de rutina ya, a fuerza de practicarlo.

Así pasaron cinco largos años. La vida sedentaria, las interminables horas de permanencia en la cueva, privado de luz solar, el estado permanente de angustia en que vivía, minaron poco a poco la salud de Telleira. Aquel mes de marzo había sido particularmente rudo: viento, frío, nieve, se sucedían. Cayó enfermo; primero creyeron que de una mala «grippe»; pero la «grippe» fué en realidad una congestión pulmonar. Si hubiera podido cuidarle un médico, aplicarle los medios modernos de lucha contra las infecciones, Telleira no hubiera muerto. Pero el médico era un reaccionario, de los más significados del pueblo: ¿cómo confiarse a él? Lucharon con la dolencia con todos los remedios caseros a su alcance. En el organismo debilitado de Telleira, estos remedios no tuvieron bastante fuerza para hacer reaccionar su naturaleza.

Y sobrevino el fin. Con él, el nuevo problema planteado a la familia: ¿Cómo descubrir que durante cinco años Telleira había estado oculto en su casa? ¿Cómo evitar las represalias policíacas; el que se atribuyese a la presencia del viejo militante las acciones aisladas que se habían producido por aquellos valles? ¿Cómo desligarla de la presencia aún de guerrillas por las montañas? Toda la familia corría el peligro de ser envuelta en una nueva redada.

Y decidieron tomar el único partido posible: de la misma manera que Telleira había vivido clandestinamente en su casa, dormiría el sueño eterno en la misma clandestinidad. Detrás de la vivienda había un pequeño huerto rodeado de tapias. En él los Telleira cultivaban las hortalizas necesarias para el consumo de la casa. Allí los dos hijos cavaron la fosa, bajo un viejo peral.

Por suerte, era una noche de luna. A su resplandor, haciendo el menor ruido posible, los dos muchachos trabajaron durante dos largas horas. No despegaban los labios, los dos sobrecogidos y aterrados. El pensamiento de que deberían transportar el cuerpo, cubrirlo de tierra, enterrar ellos mismos a su padre, les acongojaba y les producía una especie de pánico.

Pero la noche avanzaba y la luna corría hacia su ocaso. Su madre y su hermana, una a cada lado del cadáver, la primera sin lágrimas, la segunda sollozando, prolongaban lo más posible la espera.

—Todavía no. Todavía no...

Luis, el mayor, asumiendo, apesar de sus 17 años escasos, la dirección de aquel instante, apartó suavemente a su madre.

—Madre, es preciso. No podemos esperar más, sin peligro para todos. Despidete de él. Vamos a enterrarle.

Estas palabras simples, el tono severo con que fueron pronunciadas, tuvieron el extraño don de fundir la terrible angustia sin lágrimas de la madre. De pronto, el llanto liberador afluyó a sus ojos y un alarido sobrehumano desgarró su pecho.

—¡Mi Luis, mi Luis! ¡Muerto, muerto! ¡Para siempre! ¡Para siempre!

Cayó sobre el cadáver, convulsionada, con un ata-

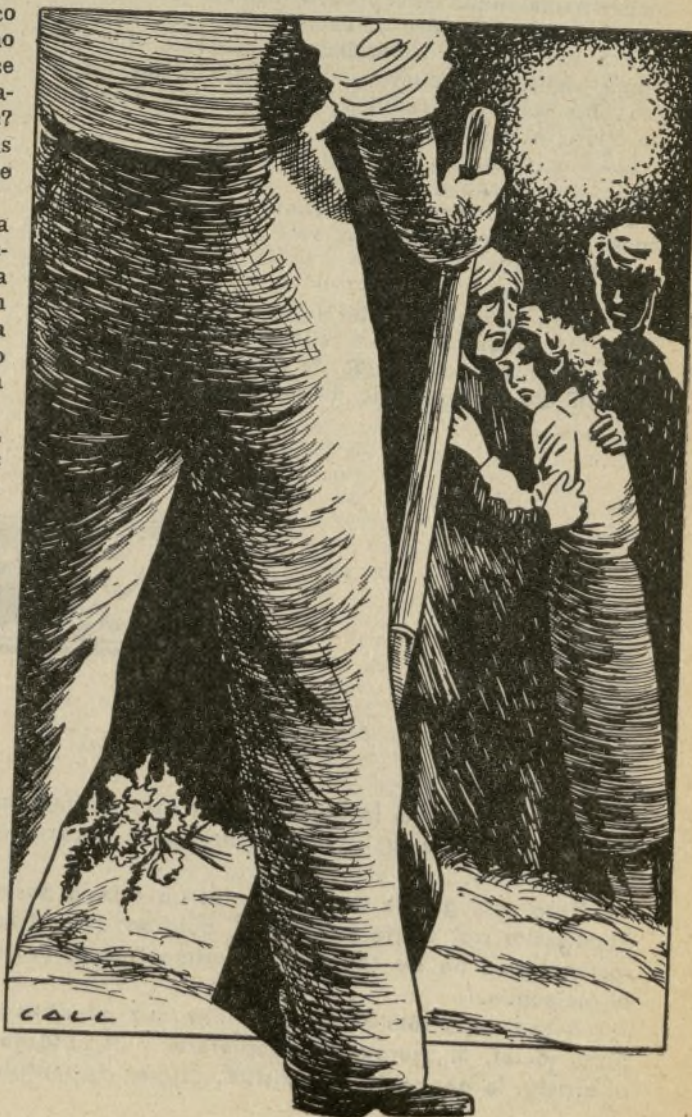
que de nervios que sacudía sus miembros, haciéndola temblar como bajo una crisis de epilepsia. El muchacho, sin perder la serenidad, dijo a su hermana: —Atiéndela, mientras nosotros nos llevamos el cadáver. Lo mejor es aprovechar este momento.

El uno por los pies, el otro por los hombros, levantaron el cuerpo. La muchacha, tan traspuesta como su madre, corrió a buscar agua y vinagre, con que mojarle las sienes.

Los dos chicos, silenciosos, sobreponiéndose a la propia indecible congoja, fueron conduciendo el padre muerto hacia el fondo del huertecillo, donde esperaba la fosa abierta. Febrilmente, esforzándose en hacer el menor ruido posible, lo deslizaron en el fondo, pusieron sobre él, piadosamente, un puñado de flores y de hierbas olorosas frescas, y comenzaron a cubrirlo de tierra.

El más joven sentía que los lagrimones le corrían mejillas abajo. Luis le decía en voz baja:

—Más aprisa, más aprisa y sin tirar la tierra. Déjala caer solamente.



¡Noche siniestra, inolvidable, que quedaría grabada en sus mentes, por más años que viviesen!

¡Cuánta tierra necesitó la fosa para llenarse!
¡Cuántas lágrimas mezcláronse con ella!

Cuando terminaron, los dos muchachos se miraron sin decir una palabra. Luego sus ojos recorrieron las cosas que les rodeaban, como si quisieran imprimirlas en su memoria. La noche era fría y clara. Todo tenía una impresionante inmovilidad. A lo lejos se oían ladrar los perros. La tierra fresca despedía un olor sano.

—Trae las habas—dijo Luis en voz baja.

El hermano fué por ellas. Y sobre la tumba, formando un cuadro, sembraron cinco o seis hileras de habas.

Los dos pensaron:

«¿Quién será capaz de comerlas?»

*

Después, en silencio, regresaron hacia la casa. La madre había vuelto en sí y con la cabeza entre los brazos y de bruces sobre la cama, donde aún había la huella del cuerpo, sollozaba sin consuelo. La hermana, sentado de nuevo en su silla, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba con una especie de terror el lecho vacío.

Los dos hermanos entraron y se sentaron sin decir palabra en torno a la madre.

Ella, al cabo de un rato, levantó la cabeza y fijó en ellos su mirada extraviada:

—¿Ya está?

—Sí, madre.

Un gran suspiro levantó el pecho de la mujer. Los hijos la contemplaron en silencio. En unas horas, parecería haber envejecido de diez años. Pero había en ella ese recio temple de las mujeres del pueblo

de España, con su robusto buen sentido, su espíritu preciso y práctico, su voluntad de hierro, su sentimiento de continuidad de la vida, que nadie les enseñó y que no aprendieron en ningún libro de filosofía.

—Hijos míos, él ha muerto, pero nosotros tenemos que vivir, aunque sólo sea para que no se empañe su recuerdo. Yo creo que he vaciado todas las lágrimas de mi cuerpo. Nos hará mucha falta el padre que se nos ha muerto, pero a vosotros os toca ahora hacer de hombres y serlo. Cuando el día nazca hay que trabajar como si no hubiera pasado nada. Pensad que ahora sólo os tengo a vosotros y que sois hijos de un hombre muy entero, muy honrado y muy bueno.

Los dos hijos respondieron a coro:

—Sí, madre.

—Que nadie sepa por ahora como ha muerto Telleira. Pero algún día habrá que decir como vivió y como murió vuestro padre, que era el mejor de los hombres y al que hemos tenido que enterrar como un perro. Si yo faltó—que todo esto me ha echado encima muchos años—en vosotros confío también para que sepáis hacerle quedar en el lugar que le corresponde.

Otra vez los hijos respondieron:

—Sí, madre.

—Idos ahora a dormir un poco, si podéis, hijos míos. Dejadme a mí con mis recuerdos, que son muy tristes, pero que son todo lo que me queda de vuestro padre, además de vosotros.

—Sí, madre—respondieron todavía los hijos. Y los tres, movidos por un mismo impulso, se acercaron a la madre y le besaron la frente, alejándose, la chica sollozando, los mozos aplastando una lágrima rebelde con el reverso de la mano.

Federica MONTSENY



Ved el alma de la burguesía en este pensamiento de Leroy-Beaulieu: «Conviene que haya pobres y ricos, para que los pobres luchen para hacerse ricos, porque así se hace el progreso social, y no de otra manera».

Pero esta guerra perpetua, ¿es un estado normal o un estado patológico? —pregúntanse los que, impulsados por cierto pesimismo, quieren demostraciones experimentales para todo, más allá del límite racional que ha de tener la experimentación, hasta para aquello a que únicamente puede responder el raciocinio.

A esa duda sólo cabe responder que mientras en las costumbres y en las instituciones exista el dualismo social, la usurpación propietaria y el autoritarismo, es decir, en tanto que la causa subsista, durará el efecto: la paz social no existirá. Esto es de sentido común.

Anselmo LORENZO (De «El Pueblo»).

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD

LA FUENTE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

— I —



MIENTRAS más estudio las causas de las enfermedades que afligen a los seres humanos, más convencido estoy que se deben a la mala manera de vivir que tienen. Un día llegará en que desaparecerán casi todas estas dolencias y los hombres morirán de extrema vejez, después de haber empleado la vida en cosas útiles, y sin hacer daño a sus semejantes, como seres racionales que son, aunque muchos no lo parecen. Hasta creo que la vida se prolongará de una manera sorprendente. Entonces los hombres del futuro creerán que los que ahora vivimos fuimos locos de remate, creyéndonos cuerdos porque encerrábamos a algunos locos, los menos peligrosos, en los manicomios. Asombra que una de las funciones más nobles de nuestro organismo, como es la de reproducción, encargada de la perpetuidad de la especie, se haya convertido por nuestra ceguera en un semillero de enfermedades que constituyen uno de los azotes más terribles de la especie humana.

El agua límpida de la fuente de la vida se convirtió, por culpa del desatino de los hombres, en un líquido turbio y hediondo, manantial verdadero de la muerte.

¿Hasta cuando el hombre dejará de e turbiar el manantial de la vida y beberá sus aguas cristalinas que le proporcionarán sus más puros goces?

Al preocuparse por las inmensas desdichas que afligen a los hombres por su equivocada manera de vivir, surgen ante mí los más sombríos cuadros del pasado que acrecientan las angustias de mi espíritu.

Hace pocos años vivía yo en la República Dominicana, no lejos de la frontera de Haití, en un pueblecito llamado Sabaneta. Sus habitantes me habían reclamado para prestarles mis servicios como médico, y el Dictador les concedió esta gracia.

A mi Consultorio venían todos los días a curarse unos negritos y mulatos que vivían en unos poblados de los alrededores, padeciendo todas enfermedades venéreas. Eran unas gentes muy buenas, pero en extremo ignorantes porque no les habían enseñado nada, aunque tenían muchos deseos de aprender y me agobiaban con sus preguntas. Mientras preparaba el material de curas les presentaba a resolver algunos problemas de interés general, que nunca acertaban, pero que yo les hacía comprender con una clara explicación, tales como ¿qué cosa es la luna?, el sol, las estrellas, las nubes, el viento, el rayo, etc. Era tan grande el atraso en que vivían, que según me contó el malgrado compañero Viñuales, había hablado con unos negritos que todavía creían que existía Isabel II y que Santo Domingo era un feudo de aquella reina y Trujillo su tributario.

Un día les presenté de sopetón a resolver este intrincado problema: ¿Por qué todos ustedes sufren de enfermedades venéreas, la mayor parte de sífilis, y los caballos que montáis y los perros que os siguen no la padecen y se encuentran completamente sanos?

Después de una larga discusión, me confesaron que, en efecto, era verdad lo que les decía, pero que no se lo podían explicar. Entonces les dije en tono patético: «Los animales no padecen esas enfermedades porque siguen las leyes de la Naturaleza, que son las leyes de Dios, mientras que vosotros seguís al pie de la letra las leyes del demonio». Y como creían a puño cerrado todos los disparates religiosos, se estremecieron de pies a cabeza, pusieron los ojos en blanco y miraron para arriba a ver si el demonio se presentaba. Y luego con calma, después de decirles que no existían ni Dios ni el demonio, les expliqué como había unas leyes de la Naturaleza que no se atropellaban sin sufrir las peores consecuencias, y una de esas leyes se refería a las relaciones sexuales entre los seres vivos. El macho se acopla con la hembra para procrear y evitar que se extinga la especie. Así lo entienden los animales, pero los hombres cometen un abuso con aquella función, dedicándole casi todas sus energías, siendo la consecuencia del quebrantamiento de la ley natural, las enfermedades venéreas con todo su cortejo de sufrimientos.

Parece que me entendieron y prometieron ser más prudentes en lo sucesivo, educando a sus hijos en otras normas más razonables. Uno de los allí presentes, mi amigo Emilico, no tenía más que 45 hijos vivos, a los que daba ocupación en un ingenio de azúcar. Me dijo que si me hubiese conocido antes tendría 40 hijos menos, porque con 5 tendrían bastante, bien manejados. Allí había también un vejete que tenía en su hoja de servicio 31 hijos, 7 mujeres y 8 enfermedades venéreas.

Por cierto que Trujillo, para remediar algo el mal, dispuso que cada individuo podría tener todos los hijos que quisiera, pero que había de mantenerlos, asignándole a cada uno 5 dólares mensuales. Y con Trujillo no se podía jugar, porque gastaba unas bromas muy pesadas. En cambio, en México, por los lugares en que me encuentro, donde hay una libertad completa tanto para el bien como para el mal, pero sin responsabilidad social, existen un número grande de niños abandonados por sus padres que huyen dejando la carga de la crianza a las infelices mujeres, aunque hay bastantes mujeres que escapan con otros y dejan la carga al padre. De todas maneras, los niños son siempre las víctimas, y la mortalidad infantil es en extremo alta y los que viven están muy enfermos. Este desconcierto de la cuestión sexual parece muy extendido en estos países de la América latina. En realidad se

trata de una poligamia de mala índole, no reglamentada como en los países musulmanes. No hace mucho tiempo pasó por aquí a visitarme un amigo recién llegado de Venezuela, y me contó como en aquel país habían ciertos gremios cuyos miembros al morir les dejaban una pensión a la viuda, pero ahora exigían de que esta pensión alcanzase a las dos concubinas más próximas.

Me contaba el inolvidable Viñuales que a poco de llegar los refugiados a Santo Domingo, hubo un gobernador que llamó a los hombres que allí residían y a cada uno les hizo esta pregunta: «¿Es usted casado?» Y como todos contestaban afirmativamente, no disimuló un gesto de disgusto, pero al saber que habían dejado las mujeres en España, exclamó con júbilo: «¡Distraeros con las negras, todo cuanto podáis, porque nosotros tenemos un interés grande en blanquear la raza». No podía ser más prosaica la idea de aquel gobernador sobre el problema sexual.

Con un criterio tan disparatado sobre la cuestión sexual, no era raro que se encontrasen tantos enfermos sífilíticos o con otras dolencias venéreas. Entre los numerosos casos que traté en el pueblo donde estuve, recuerdo una familia infortunada en la cual la sífilis hacía los mayores estragos. Había un abuelo casi centenario ciego por la sífilis, y su hijo, el Sr. Rodríguez, un hombre como de 50 años, padecía una parálisis general, que como es sabido, es de origen sífilítico, enfermedad incurable que conduce a la locura. Aquel paráltico general, que poseía ciertos bienes de fortuna, tenía un hijo soltero y una hija casada, ambos casi ciegos por el contagio sífilítico en el vientre de la madre. El enfermo hacía los mayores disparates, propios de su enfermedad, y eran pocos los ratos que estaba cuerdo y podía conversarse con él. Un día arrojó a un pozo una cantidad importante de dólares y se tiró detrás, sacándole casi ahogado. Su enfermedad lo llevaba a hacer los negocios más absurdos, vendiendo y comprando casas sin un sentido exacto de lo que hacía. Por una suma insignificante vendió una hermosa casa al cura del pueblo, y a mí me quería vender por poco dinero una finca que poseía, la mejor de la localidad. Pero como yo no era el cura y si anarquista, es decir, un hombre incapaz de cometer malas acciones, no acepté la oferta, y comuniqué a sus hijos las intenciones del padre para que, se opusieran a aquellas ventas, que además eran ilegales. Aquel enfermo venía con frecuencia a visitarme y se complacía en llevarme la contraria en todos los asuntos médicos que tratábamos. Mis métodos de curación los rechazaba por ineficaces y los substituía por los suyos, que eran los aplicados rutinariamente por las gentes del lugar y por los curanderos. Y era sorprendente la memoria que para ello tenía, citándolos todos y sin dejarse uno atrás. Los recopilé en una pequeña libreta que todavía conservo. Uno de ellos era la cura de los ojos enfermos por la acción de la orina de una persona extraña. En un caso que observé, el donador padecía una gonorrea, así que el pobre negrito que la recibió, que tenía una conjuntivitis leve, adquirió una conjuntivitis purulenta de origen blenorragica que por poco si lo deja ciego. Un día el paráltico me llevó a una casita escondida en un extremo del pueblo, y allí me presentó a una linda joven, que había hecho su mujer, aunque conservaba la suya, y a cuatro niños pequeños con los estigmas del contagio sífilítico antes de nacer. —Aquí estoy formando una segunda familia, me dijo gozoso, señalando a las víctimas: mujer y niños.

La violación de las leyes naturales, convirtiendo en un vicio, y hasta en un negocio, las relaciones sexuales,

cundo se trata de una función natural para perpetuar la especie, ha producido en los hombres las mayores calamidades.

Las enfermedades venéreas: Blenorragia, chancro blando, sífilis y limfogranuloma venéreo, que pudieran evitarse, son tan frecuentes, que pocos son los seres humanos que escapan a sus estragos.

De estas enfermedades venéreas, la blenorragia es la que alcanza entre todas la mayor difusión.

El hombre advierte pronto los síntomas más molestos y procura pronto ponerte en cura, que con el empleo de la penicilina lo consigue en 24 horas. Sin embargo, a veces la enfermedad evoluciona hacia la cronicidad con síntomas subjetivos tan escasos o nulos, que los pacientes se creen sanos y, sin embargo, son peligrosos desde el punto de vista del contagio. La mujer puede enfermar de blenorragia sin que en su organismo se adviertan síntomas locales ni generales, reveladores de la infección, pero en estas circunstancias puede convertirse en vehículo de la infección. Así ocurre, que con frecuencia vienen a mi clínica individuos con blenorragia que, desconociendo estas circunstancias, no se explican el origen de su contagio, debido a su propia mujer.

Entre las complicaciones más frecuentes de la blenorragia masculina, localizada en la uretra, hay que citar la que afecta al testículo, o más bien al epididimo y al conducto deferente. A veces se forman nódulos inflamatorios en el epididimo, que cuando son bilaterales pueden impedir el paso de los elementos fecundantes, originándose una esterilidad temporal o definitiva, pero siempre muy prolongada.

La dificultad en el diagnóstico de la blenorragia en la mujer, y la inferioridad social en que la tienen muchos hombres, son causas de que la enfermedad tardíamente tratada o no tratada, pase al tramo genital superior y origine afecciones inflamatorias del útero o matriz y de sus anexos. Aparte de la sintomatología dolorosa que acompaña estos procesos y que en ocasiones transforma a la mujer en verdadera inválida, pueden presentarse accidentes agudísimos que exigen intervenciones operatorias de urgencia con todos sus peligros. Uno de los más frecuentes motivos de esterilidad femenina, es la blenorragia localizada en estos órganos. Y cosa curiosa, el acto sexual que tiende a perpetuar la especie, por la anormalidad en que se ejecuta, tiende a anular el fin que se proponía.

En el hombre, las consecuencias de la blenorragia no son menos funestas. Sus complicaciones, a más de las ya citadas, son las estrecheces uretrales, la prostatitis crónica y el reumatismo blenorragico con sus características especiales. Las articulaciones preferidas por la blenorragia son la rodilla, la muñeca, la garganta del pie, aunque pueden ser invadidas otras articulaciones. Por lo general se localiza en una o pocas articulaciones, mientras que el reumatismo articular agudo toma una forma poliarticular. En la fase aguda estas artritis blenorragicas son intensamente dolorosas pero en su fase de curación tienen una marcada tendencia a la anquilosis, es decir, a la rigidez articular, que motiva una invalidez parcial y un déficit marcado para el trabajo.

También como en la sífilis, hay una blenorragia de los inocentes, que no es nunca de origen sexual. Me refiero a la oftalmia blenorragica de los recién nacidos y a la vulvo-vaginitis infantil. La oftalmia blenorragica es una afección grave que puede producir lesiones irreparables de la visión. Bastantes ciegos de los que andan por el mundo deben su desgracia a esta enfermedad. El recién nacido se contagia en el momento del parto al pasar por el tramo genital infestado de la madre.

Doctor Pedro VALLINA

(Continuará.)

En el CCCXXXVIII aniversario de la muerte de Cervantes

¡AMARGA SILLA!

«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...»

«Don Quijote», Cervantes.

Casi en medio del triángulo geográfico que forman las ciudades manchegas de Manzanares, Alcázar y Tomelloso, se halla enclavada Argamasilla de Alba, vetusta villa casi aldea, guadianica, y mínimamente labriega, con no más de 4.000 habitantes, y tan famosa en los anales de la literatura por ser cuna y patria del inmortal «Don Quijote de la Mancha».

«Nunca fuera caballero
de damas, tan bier servido».

Esta misma estrofa que entresacamos del excelso libro, podíasele aplicar, sin temor al inícuo menosprecio, a esa oscura villa manchega, pomposamente «servida» por las damas de la celebridad y la celebridad y la «gloria», ignorándolo ella misma, y quizás sin merecerlo.

Su población, como se vé, es mínima, en su mayoría horrelana; y culturalmente cuenta con un 90 por 100 de riguroso analfabetismo. Personas de algunas letras (no muchas), el boticario, el cura, el juez y el maestro de escuela. Como las asignaciones de «que disfruta» este último son harto irrisorias tiene que buscárselas por otro lado, haciendo muchas veces de barbero. Físicamente es la confirmación moderna del viejo y triste adagio castellano que dice: «tienes más hambre que un maestro de escuela».

El término municipal, cultivable y cultivado de Argamasilla, es, por su propia culpa, muy reducido; el más pobre de toda aquella feraz comarca. Poblaciones laboriosas, emprendedoras, intensamente vitícolas y, como Alcázar y Tomelloso, distante la primera en más de 40 kilómetros, introducen hasta allí mismo las amplias cuñas en verde y oro de sus magníficos viñedos y trigales.

Argamasilla de Alba se recluye en sí misma, se encoge impotentemente, con pereza beber, durmiendo en las márgenes frescas del Guadiana, una siesta milenaria de patatas, pimientos, tomates y habichuelas, cuyas cosechas, riquísimas, las ofrece la munífica tierra sin requerir, a penas, el esfuerzo del hombre.

El río Guadiana (de resonancia moruna) que nace a unos 15 kilómetros, en las famosas Lagunas de Ruidera (una de las más impresionantes manifestaciones de la naturaleza creadora) avanza desde allí, limpia y tímidamente por entre secos y pedregosos páramos hasta tocar las primeras casas de la villa. Allí se le alinean los cuadrados planteles de hortalizas que van siguiendo, en extensión, el breve curso del río, hasta internarse en las mismas calles; enrevesadas calles polvorientas, mudas y angostas que carecen del más leve empedrado en sus aceras.

Esta o parecida visión le inspira a Azorín la siguientes

palabras: «El paisaje, es claro, rígido, monótono, uniforme; de un aspecto único, de un solo tono. ¿No está en este pueblo — Argamasilla de Alba — compendiada la historia eterna de la tierra española? No es esto la fantasía loca, irrazonada, e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer estérilmente en el marasmo?»

Ya cerca de la plaza surgen densas hileras de árboles, macizos, enormes, que alternan con menudos puentes rudimentarios de tierra y palos, los cuales permiten pasar, aunque con cierto riesgo, de una a otra acera, de una a otra calle. Diríase que se trata de una pobre caricatura de Venecia, o mejor que eso: de un recuerdo fiel del México primitivo de Moctezuma, con su sistema de canales y puentes cruzando, con más gusto urbanístico, la enorme topografía de la ciudad azteca; y de lo que tan admirados quedaron Hernán Cortés y sus compañeros.

El único lugar sobresaliente, apacible, es lo que la gente llama allí, con cierto énfasis: «La Glorieta», significando quizá que entre el infierno de la estepa misera, seca, calurosa y desnuda, aquello es un tibio remanso de gloria.

Rectángulo arbolado de escasas dimensiones La Glorieta, está situada frente a la iglesia chata; y lo forman gruesos y milenarios árboles cuyas copas preñadas de verde y de pájaros, se entrelazan arriba no dejando pasar el más leve rayo de sol. Cuatro bancos de madera roída y algunas plantas de media altura, de entre las cuales surgen en primavera alguna que otra sonrisa de florecillas silvestres.

Cuenta la leyenda que frente a esta misma iglesia fué detenido Miguel de Cervantes por haber dirigido un requiebro amoroso a la bella hija del Alcaide, cuando en unión de otras amigas salía de oír «la misa de once». Otra versión más intelectual es de que fué encarcelado por deudas.

Metido en lóbrega cueva-prisión, con misero sustento, mal trajeado, y vislumbrando por entre las rendijas de una pesada puerta (cuyas astillas se disputan actualmente los turistas que por allí pasan) las lechosas y dormidas aguas del Guadiana, comienza Cervantes a escribir los primeros renglones del «Ingenioso Hidalgo», de la obra señera e inmortal de la que dijera otro extraordinario escritor Vicente Blasco Ibáñez en una conferencia literaria dada en la Universidad de Washington de Nueva-York, ante más de seis mil personas, que era «la mejor novela del mundo!»

¿Tendrá razón Azorín cuando analizando el paisaje de Castilla, a los hombres y la inspiración que mueve a las grandes creaciones estéticas y a la luminosidad del pensamiento, dice lo que sigue: «Salgo a la calle en Argamasilla de Alba; las estrellas parpadean en lo alto misteriosas; se oye el aullido largo de un perro; un mozo canta una canción que semeja un alarido y una súplica... Decídmelo, ¿no es este el medio en que florecen las voluntades solitarias, libres, llenas de ideal — como la de Alonso de Quijano el Bueno — pero ensimismadas, soñadoras; incapaces en defini-

SIGLOS DE TORTURAS

— III —

Algunos escritores no han temido, aún durante esas épocas terribles, elevarse contra tales prácticas. Boccacio, que no era solamente el autor de los cuentos que conocemos, sino también un hombre libre, protestaba de la «ciega severidad de los rectores que buscan con tanta crueldad la verdad y hacen germinar la mentira.» Cervantes, Henri Estienne en el siglo XVI, criticaron también esos métodos. Montaigne los condenaba en nombre de la razón. «Peligrosa invención esa de los martirios, decía, y parece que es más bien un ensayo de paciencia que de verdad.» «Invención segura para perder un inocente que tiene la complexión débil y salvar a un culpable que ha nacido robusto», observa La Bruyère. Beccaria las procesaba en su **Tratado de los Delictos y de las Penas** y Montesquieu en **El espíritu de las leyes**. Para Voltaire, enemigo de todos los fanatismos, la cuestión era un suplicio «peor que la muerte, inventado por bandoleros de los caminos. Todos los que han inmolado a otros hombres por haber tenido opiniones contrarias a las suyas, no han podido sacrificarlos a Dios», y combatía en uno de sus poemas a «la tortura, uso abominable, que salva a un robusto culpable y pierde a un débil inocente».

Mucho antes que ellos, San Agustín, el autor de **La ciudad de Dios**, gran pecador antes de haber entrado por el surco de la Iglesia, se había elevado contra las torturas de su tiempo. «Nada tan injusto como ellas», pensaba.

*tica de concentrarse en los prosaicos, vulgares, pacientes pac-
tos que la marcha de los pueblos exige?*

Ninguna calle, ninguna casa, plaza o monumento evoca en aquella villa ignorante el nombre del «insigne presidario». Solamente recuerda el articulista que en los años 1932 al 1935 existió allí un insignificante equipo de fútbol, no inscrito en el campeonato provincial, que llevaba por título «Cervantes F. C.».

Su población iletrada ignora quién era este hombre, y la grandeza literaria, histórica, filosófica y humana de la obra que escribiera. Nadie es profeta en su tierra. Efectivamente. El Caballero de la Triste Figura, el bueno y justo de Alonso de Quijano, tampoco lo es en la suya. ¡Y mucho menos ahora que andan por allí las letras más escasas que el pan blanco!

Sin embargo en otros pueblos limítrofes Cervantes y su obra gozan de la estimación y la gloria que merecen. Alcázar de San Juan, por ejemplo, una vez que se sintió libre, soberano, en Julio de 1936, lo primero que se le ocurrió fué suprimir su apellido impuesto, postizo, fríulano, adoptando oficial y popularmente el nombre de Alcázar de Cervantes (cosa que los franquistas han deshecho más tarde). Calles,

En un libro que se editó en Amsterdam (1682), con este título: **Si la tortura es un medio seguro para verificar los crímenes secretos, disertación moral y jurídica**, un consejero del rey, Agustín Nicolás, señalaba los abusos a que daba lugar la tortura judicial. Criticaba severamente «los artificios de los demonios que, según él, perpetuaban los abusos». «Dichos suplicios, expresión del natural bárbaro de quienes los aplican, son inútiles». Y no temía el escribir: «La autoridad humana es siempre dudosa, nunca infalible.» Esta confesión, en la boca de un consejero del rey, valía lo suyo.

El ilustre Jacques Callot, que Víctor Hugo llamaba «el Miguel Ángel del grabado», no se contentó en pintar las deformidades del cuerpo humano, pues había en una serie de composiciones descrito **Los grandes y pequeñas miserias de la guerra, El calvario, El martirio de San Sebastián, La masacre de los Inocentes**, entre éstos **La rueda**, y **El Ahorcamiento**, resumiendo en **Los Suplicios** (1632), todas las torturas que existían a principios del siglo XVII.

Al lado de esos suplicios, cuan anodinas nos parece la confesión pública, la penitencia que consistía a mantenerse parado en camisa blanca, en el medio de la iglesia durante la misa, la exposición ante el populacho, la cabalgata del marido paseando a horcajadas en un asno durante el carnaval, sea porque hubiese engañado a su mujer, sea porque hubiese

plazas, bibliotecas públicas, sindicatos obreros, ateneos y centros recreativos recordaban a cada instante el nombre del «eximio manco».

Y el pueblo también, las gentes humildes se transmiten de generación en generación esa consigna espontánea de cariño, de respeto místico, emocional hacia Don Quijote de la Mancha, libro que poca gente comprende; y hacia su autor que todo el mundo, por ignorante que fuere, se precia de conocer.

Mi madre, (que es una viejecita octogenaria, menuda, enlutada, que vive encogida como una pasa reseca por los años y el sufrimiento igual que todas las viejas madres de la tragedia española), me contaba en mi infancia interesantes pormenores de la vida cervantina.

Preguntéle un día: ¿Por qué se llama Argamasilla aquel pueblecito terroso y mísero por donde pasa el río?

—Pues verás, hijo mío, me respondió. Cuando al pobre Cervantes lo encerraron en la cueva, y a través de largas vigiliyas y ayunos comenzó a escribir «El Quijote», sentado en una silla coja que le molía los huesos, exclamó con angustia: ¡AMARGA SILLA!

Conrado LIZCANO

sido engañado por ella y otros usos y costumbres en el fondo no muy malos!

En Francia, durante la Revolución, había las «palizas cívicas», las calceteras encargándose de recoger las faldas de las damas de la nobleza y aplicarles una corrección en regla, con palas de lavandera armadas de puntas aceradas. Sabido es a que excesos se libraron los sin calzones («des sans culottes»), con el pretexto de implantar la libertad en el mundo. ¡Los tiempos no han cambiado nada! ¡Existen siempre sin calzones, dispuestos a asesinar las gentes en nombre de la libertad! Toda revolución lleva en sus flancos ejecuciones masivas, acompañadas con torturas más o menos atroces. En 1793, hubo infinitos ahogados, los supuestos traidores eran echados, hombres y mujeres acoplados juntos, en el Loira en Nantes, a causa de las órdenes del convencional Carrier. Es lo que se llamaba el «casamiento republicano». Casamiento poco banal, como puede verse. Menos cruel era la guillotina o «navaja nacional» de cierto doctor Guillotin. Ametrallamientos, fusilamientos, cañoneos, funcionaban en la época republicana. Sin contar el suplicio de la carreta que conducía al patíbulo a los prisioneros de la Conserjería («Conciergerie») (1). La guillotina constituía en parte una medida humanitaria, en comparación con los suplicios usados hasta entonces.

Conviene añadir a estos diferentes suplicios, los que Octavio Mirbeau ha magistralmente descrito en su «Jardín de los Suplicios» (2). Hay que releer hoy esa obra de gran clase en la cual el autor ha hecho el proceso en regla del asesinato legal. «Si no hubiese asesinatos, escribe en el frontispicio que sirve de prefacio a esta obra, no habría gobierno de ninguna clase, por el hecho admirable de que el crimen en general, el asesinato en particular, son no sólo su excusa, sino su única razón de ser.» Y en los capítulos consagrados a la prisión china, describe el suplicio de la argolla, el de la campana, el que sufren a la vez la rata y el hombre entre las manos del verdugo, hecho maestro en el arte de torturar. La rata privada de alimento es encerrada en un pote que se aplica como ventosa en las nalgas del condenado, mientras que con una barra de hierro candente en una punta se martiriza al animal que, buscando una salida, acaba por encontrarla, ensanchado el esfínter del hombre. Otro suplicio aún más refinado: el de la caricia administrada no ya por un representante del sexo fuerte, sino por «una mujer de rostro grave, enteramente vestida de negro, el brazo desnudo rodeado con un ancho anillo de oro, que viene a arro- dillarse cerca del condenado». Ella empuña el pene... hace decir Mirbeau a uno de sus personajes, y oficia. Eso dura cuatro horas, cuatro horas de caricias horribles y sabias, durante las cuales la mano de la mujer no se detiene ni un solo minuto. El paciente expira con un chorro de sangre que salpica toda la cara de la torturadora. Esta mujer tenía en uno de sus dedos una gruesa joya que, durante el suplicio, iba y venía brillando al sol «cual una pequeña llama roja y danzante». He ahí un género de eutanasia que no es muy recomendable.

Hay que colocar también, entre los instrumentos de tortura, a las cinturas de castidad, que habrían hecho su aparición en la Italia del siglo XVI, pero que remontan más bien, si hemos de creer a una vieja canción de antaño, a la época de las Cruzadas, pues, mientras que los cruzados gritaban: «¡Dios lo quiere!» al partir a Tierra Santa a liberar el sepulcro de Cristo, la virtud de sus esposas era sometida a ruda prueba. Esas cinturas habrían sido inventadas por

un obispo para complacer a algunos señores. Con este instrumento, cerrado con cerrojo triple y que sólo poseía una ligera abertura, el esposo tenía la certidumbre de no ser engañado durante su ausencia, pero lo era de todas formas y era para él como pan bendito. Dos muestras de estas cerraduras de seguridad, reproducidas en una tarjeta postal, figuraban antes de la segunda guerra mundial en el museo de Cluny (5)—cinturas y tarjetas han desaparecido arrinconadas en el almacén de las accesorios (6). Según parece eran falsas, al decir del conservador. Pero eso importa poco en el asunto. Auténticas o no, en un siglo en otro, se han bien utilizado esos aparatos en Francia y en otros países. Este género de suplicios es usado aún por los maridos celosos, que encadenan el sexo de sus mujeres, de miedo al adulterio.

Recordamos sobre este aspecto que el amor físico va acompañado a menudo de torturas tales que golpes y heridas, incisiones, tatuajes, ablación, estrangulación, humillaciones, castigos, amantes de ambos sexos severos, castidad perversa, cartas anónimas, correcciones, palizas, castigos corporales, alfileres o clavos hundidos en las partes erógenas del cuerpo humano, objetos contundentes u otros como agujas, vidrio prensado, pedazos de botella, etc. (se puede ver cierto número de ellos en el museo Dupuytren (7), clasificados con el nombre de «corps étrangers»), introducidos en el ano, la uretra o la vagina, para provocar una excitación. Vampirismo, crímenes pasionales, reglamentos de cuentas inspirados por el interés o los celos, toda una gama de fantasías más o menos sexuales perteneciendo a esta categoría. Aquí la muerte y el amor fraternizan. No es raro que en un espasmo uno de los dos amantes estrangule al otro. Lujuria rima con tortura. Existen fantasistas sádicos, menos peligrosos que los otros. Recordad a los «picadores del metro» (8) que tanto hicieron hablar de ellos, hace algunos años y que nunca fueron descubiertos.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(1) Lugares de París (N.d.T.).

(2) El autor se refiere a la época que abarca desde el comienzo de la segunda guerra mundial a nuestros tiempos, en donde los alimentos escasearon de modo para el abastecimiento de las poblaciones civiles, debido al saqueo de los stocks por los militares, como ocurrió en casi todos los países de Europa y Asia (N.d.T.).

(3) Baquetas, cierto castigo corporal en el ejército alemán (N.d.T.).

(4) Se trata de la ocupación alemana durante la segunda guerra mundial en Francia (zona ocupada) en donde se obligaba a los israelitas a llevar la estrella amarilla de seis puntas (N.d.T.).

(5) Situado en París (N.d.T.).

(6) Honorables padres de familia se habrían sentido emocionados, según parece, por las preguntas indiscretas que les hacía su progenitura. Las han retirado, debido a una queja, en buena forma formulada por parte de ellos (G.L.D.).

(7) Se trata del «metro» (metropolitano) o ferrocarril subterráneo de París. Ved al autor que vamos traduciendo en el capítulo XI de su obra «Visages de ce temps», París, 1950, páginas 364 a 377, titulado «Metro». Para darnos cuenta — escribe — del salvajismo del *homo atomicus*, basta tomar el metro, el lugar en donde se dicen más tonterías. En él están reunidos todos los especímenes de humanimalidad que pueblan el planeta. Se tiene ante los ojos un «documental» de primer orden. Es una de las curiosidades de París que se debe ver, junto a las cloacas y las catacumbas. (N.d.T.).

(8) Manicomio situado en París. (N.d.T.).

Gotas de Rocío

BREVIARIO FILOSOFICO

INTRODUCCION

LINDO es pasear, sereno y armonioso, por el vasto e infinito jardín de la filosofía. Aspirar la fragancia de sus más hermosas y visitadas flores o deleitarse con el perfume ignorado de sus solitarias rosas... Bello es admirar todo lo que en él hay de grande, proceda de las inteligencias geniales o de los pensamientos humildes... He aquí, pues, para los amantes de la Belleza, el caudal de mi modesta cosecha... Textos traducidos o transcritos y reflejados a todos los corazones hermanos.

VLADIMIR MUÑOZ.

1. Las abejas son los únicos industriales que no adulteran los productos alimenticios de su elaboración. Dejan librada al hombre esa tarea. — Ricardo del CAMPO.

2. Dondequiera que haya en un país tierras sin cultivar y pobres sin trabajo, es evidente que las leyes de la propiedad se han extendido tanto como para violar los derechos naturales. La tierra fué dada al hombre como un caudal común para trabajar y vivir en ella. Si para dar estímulo a la industria permitimos que sea apropiada, debemos cuidar que se provean otros empleos para los excluidos de esta apropiación. Si no lo hacemos, el derecho fundamental al trabajo de la tierra retorna a los sin trabajo. — Thomas JEFFERSON.

3. En cada hombre que muere, fenece un amigo mío. Por eso, no me preguntes por quien tocan las campanas. — John DONNE.

4. ¿Por qué corres, por qué vas exhalando la vida si has de llegar igual, como todas las cosas, a la misma hora última y con el mismo resultado? Deja pasar la vida ya que la vida pasa sobre tí. Quédate contemplando ya que igual te has de ir. Que la muerte llegue sin que te hayas apresurado por salir a su encuentro. Que tu existencia vuelva serena e inmaculada al seno de donde surgió, como una protesta muda de tu conciencia por el advenimiento al vacío de la vida. — Manuel MEDINA BETANCORT.

5. El carácter es como un árbol y la reputación es como su sombra. La sombra es lo que creemos de un hombre; el hombre, lo que en verdad es. — Abraham LINCOLN.

6. A medida que el hombre exterior se destruye, el hombre interior se renueva. — MONTAIGNE.

7. La vida debe tener su corriente; el agua que no corre se corrompe. — LAMARTINE.

8. En estos tiempos de escasez, cada cual debe compartir con sus amigos las migajas de la felicidad. — Romain ROLLAND.

9. No leáis como los niños leen, para divertirse, ni como los ambiciosos leen, para instruirse. No; leed para vivir. Haced a vuestra inteligencia una atmósfera intelectual compuesta por la emanación de todos los grandes pensadores. — FLAUBERT.

10. Para el hombre que sabe ver, no hay tiempo perdido. Lo que sería ociosidad para otro, es observación y reflexión para él. — A. de VIGNY.

11. — La razón del hombre en la vida es ser una función; es necesario que sus días sean creadores de un resultado. — Remy de GOURMONT.

12. Como quien cultiva flores con deleite, por delicado buen gusto, hay que cultivar la tolerancia. La tolerancia para las ideas, los sentimientos, las afecciones y las flaquezas ajenas, constituye una de las más grandes pruebas de equilibrio espiritual. Cuanto más egoísta, petulante o tosca de inteligencia es una persona, mayor es su intolerancia para con los demás, mayor su incompreensión y su falta de respeto hacia las ideas e inclinaciones ajenas. Nadie puede atribuirse el monopolio de la sensatez, de la sabiduría y de la virtud sin impertinente grosería, que acaba por traducirse en una fealdad más de la vida. — Constancio C. VIGIL.

13. He encontrado entre los sabios el candor de los niños, y todos los días ve uno a ignorantes que se consideran el eje del mundo. ¡Cada cual se cree centro del universo! Tal es la común ilusión. Ni el barrendero de la calle escapa a ella. Procede esa ilusión óptica de que al contemplar la bóveda celeste, siempre la coloca en el justo centro del ciclo y de la tierra. Quizás este error se haya atenuado algo en los que han meditado mucho. — Anatole FRANCE.

14. No digas: «Yo haré»; después de haber reflexionado bien, debes decir inmediatamente: «Yo hago». Es así como la voluntad se fortifica. — Max SIMON.

15. Todo ser en la naturaleza tiende a perfeccionarse. Si un árbol, un joven manzano, pudiera hablar, diría: «Yo quiero crecer, yo quiero ser grande, yo quiero tener hermosos frutos, yo quiero ser uno de los mejores manzanos del mundo». Pero si un manzano ha nacido en un terreno ingrato, no habiendo sido injertado nunca, crecerá débilmente y sólo dará malos frutos, mientras que el hombre de buena voluntad y de iniciativa tendrá la libertad de cambiar de medio y hacerse él mismo los injertos. — LITRE.

16. El silencio deliberado de que suele rodearse a la obra de los grandes pensadores es una de las tantas configuraciones de la infancia. Pero sirve, sin embargo, para que un día la historia señale la injusticia y cubra de vergüenza a los conjurados. — Alfredo BUFANO.

17. El amigo no es el ave de paso que se pierde en el vuelo sin llevar ni dejar un recuerdo: es el pájaro azul que canta en torno nuestro, aleteando para insinuarnos su presencia. — STERN.

18. Ser grande es ser incomprendido. — Oscar WILDE.
19. Cada uno ve en un ser lo que hay en sí mismo, y cada uno lo conoce de una manera diferente, y a la altura de su propia conciencia. — MAETERLINCK.
20. La tolerancia: término y coronación de toda honda reflexión; cumbre en donde se aclara y engrandece el sentido de la vida. — RODO.
21. Más de una vez el estómago es el enemigo del hombre, y la lengua su desgracia. — Emin ARSLAN.
22. El verdadero muerto no es el sepultado en la tumba, sino el que vive muerto entre los vivos. — Alim NADERN.
23. La mejor señal de haber nacido con grandes cualidades, es carecer de envidia. — LA ROCHEFOUCAULD.
24. Vivimos en una época muy parecida a aquella en que Cristo predicara. Vivimos en medio de una sociedad pervertida, depravada, como aquella del imperio romano. — José MAZZINI.
25. El Quijote es el ensueño de inmortalidad que todo hombre lleva adentro. — UNAMUNO.
26. La buena cosecha no depende solamente de que sea bien roturado el campo, sino de la esmerada selección de la semilla. — E. BUENO.
27. Para mí, la sombra. El sol está muy bien, pero sobre las doradas mieses. — FERNANDEZ MORENO.
28. ¿Qué se encuentra por todos lados? Gente que pisa fuerte, gente con una vanidad ridícula y que mira con desdén, pero el hombre, el hombre humano, ni orgulloso, ni vil, ni rampante, ¡qué poco abunda! — BAROJA.
29. Desconfíese de los tiempos en que cesan las huelgas, mientras viven sin inquietudes los grandes propietarios. Desconfíese del momento en que el hombre no está dispuesto a sufrir por un concepto, a morir incluso por él, porque esta sola cualidad es el cimiento del hombre único en el universo. — John STEINBECK.
30. Soy internacionalista: lo que quiere decir que anhele la fusión de todas las patrias. Persiguiendo ese ideal, los internacionalistas queremos, dentro de cada nación, preparar el espíritu humano para el advenimiento del acuerdo de todos los pueblos, con el fin de suprimir las fronteras. — Emilio FRUGONI.
31. ¡Oh tú, que tomas la defensa del hombre de las ciudades y condenas el amor del beduino por los horizontes sin límites! ¿Qué nos reprochas? ¿La poca solidez de nuestras tiendas de campaña? ¿Sólo tienes pues elogios para las casas de piedra o de barro? ¿Sabes, acaso, los secretos del desierto?... ¿Te has despertado alguna vez en medio del Sahara?... ¿Hollaron tus pies el tapiz de arena, sembrado de flores semejantes a las perlas? Al amanecer ves cruzar las caravanas. El rojo vivo de las mantas de los camellos parece un campo de anémonas vivientes. Dejan oír los guías sus cantos melancólicos. La tierra huele a almizcle. ¿Qué reprochas al beduino? ¿Su amor por la libertad? En el Sahara se ven días sin límites, y los que en él viven saben de la ciencia de la vida. — ABD-EL-KADER.
32. El espíritu necesita eliminar los malos pensamientos, de idéntica manera que debe librarse a la piel de todas las impurezas. — H. BERNSTEIN.
33. El verdadero sentido de la vida reside en saber ser buen agente, recipiente y neutralizador de las energías que nos asisten. — Raquel SEVERINO BREA.
34. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín de Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumante, tersa, sólida. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. — José MARTI.
35. ...Filosofía, piloto de la vida. — PLUTARCO.
36. ¿Cómo perder mi fe en la belleza de la vida, cuando sé que el sueño de los que reposan sobre lechos de plumas no es más bello que el sueño de los que duermen en el suelo? — GIBRAN JALIL.
37. Son los soberbios como el humo, que cuanto más se levanta, más se va desvaneciendo para desaparecer brevemente, sin otras huellas que el tizne y el hollín. — Francisco de QUEVEDO.
38. Los que emplean mal su tiempo son los primeros que se quejan de su brevedad. Por el contrario, los que de él hacen buen uso, lo tienen siempre sobrado. — LA BRUYERE.
39. Para que el buen libro llegue a las manos del hombre como una necesidad del espíritu, como el pan de la inteligencia, necesario es trabajar en un asiduo y delicado cultivo intelectual; trabajo que casi siempre da al ser humano, esa belleza moral inmarcesible y eterna, que jamás abandona a la figura del genio. — Armando TERDIALI.
40. No busques la belleza en las ferias ni llesves tus obras a ellas, porque la belleza es virgen y la que está en las ferias no es ella. — Gabriela MISTRAL.
41. La verdad es como una «robe de chambre». El público ante ella se escandaliza. Por eso, todo el mundo está con ella, a cerrojo corrido. — Felipa OCHOTORENA.
42. Todos saben como se fabrica un cañón. Se toma un agujero y se le pone bronce alrededor. De manera análoga se procede para la fabricación de un sistema filosófico. Se toma el vacío y, alrededor, se le pone lógica. Si se añade un poco de fe, ya tenemos una religión. — ARDENGO SOFFICI.
43. Quiero tener la libertad de ser realmente yo. — LIN YUTANG.
44. La sociedad más civilizada sería aquella cuyos mejores palacios fueren las escuelas de los niños. — E. GENTA.
45. Te perdieron porque tú te encontrastes a tí mismo. Mientras existan dorsos que se dobleguen, seguirá la existencia del yugo. Le dieron el poder y oprimió; lo derrocaron y fué uno de los libres; volvió al poder y volvió a oprimir. Todas las cadenas que hasta hoy se han roto, no han igualado a una décima parte de los esclavos del mundo. Nace el hombre llevando en su frente el signo de la esclavitud; su primera cadena es la casualidad que lo unió a sus padres. El cobarde ve la vida, pero no la conoce. Toda batalla comienza con la megalomanía del jefe y termina con la agonía del soldado. Los números son el espejo en el cual la riqueza contempla su rostro. La fuerza es la base de esa construcción a la cual llamamos propiedad privada. — RAYI AR-RAHL.
46. Todo pensador auténtico es un utopista. — Rafael VALLE.
47. Los placeres del pensamiento son eficaces remedios para las heridas del corazón. — Madame de STAEL.
48. El escepticismo es la gangrena del entendimiento. — Víctor HUGO.
49. El libro conveniente es aquel cuya lectura no deja tras de sí ninguna perturbación en la mente ni en el corazón, sino que provoca la reflexión o eleva la imaginación. — Adolfo BRISSON.
50. El culto místico de la patria, como abstracción ajena a la realidad social, fué siempre característico de tiranuelos que inmolaron a los ciudadanos y deshonraron a las naciones. — José INGENIEROS.
51. Nada mejor enseñado que en la escuela de la vida. Su memoria es la experiencia. — Jorge DUMAR.
52. Muchísimos son liberales para todas las libertades ya adquiridas, y formidables conservadores para las que aun hay que adquirir. — Carlos VAZ FERREIRA.
53. El que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, no se debe quejar si se le pasa. — CERVANTES.

54. Sin trabajo, la vida del hombre se parecería a un barco sin lastre. El trabajo es la fuente del placer. — STENDHAL.

55. Si queréis enseñar levitas buscad al príncipe de Sagán y si queréis enseñar poetas no os fijéis en las levitas... Después de todo, el hombre feliz es el que no tiene camisa... y el poeta verdadero, siempre es feliz. — VERLAINE.

56. También tiene la vida sus pinceladas negras y chubascos traidores que turban la felicidad presente; mas oo por ellos acallemos nuestro canto a la belleza de todo nuevo día. — ACOSTA Y LARA.

57. La mayor parte de los consagrados escritores recomiendan sus ideas raídas con parches de diccionario. Los pocos escritores que en verdad no se preocupan jamás por el crítico. — GABRIEL.

58. El mentiroso es siempre pródigo en juramentos. — CORNEILLE.

59. Los hombres que se equivocan de buena fe, dignos son de compasión, pero no de castigo. — DIDEROT.

60. El pájaro no tiene editores, pero canta lo mismo. — A. VARGAS.

61. La calumnia nos hace siempre un beneficio, por que advierte de que no la merecemos. — GIRARDIN.

62. El esfuerzo humano es el motor del progreso del mundo. — Rosendo CRUZ.

63. Yo creo que el mejor modo de hacer bien a los pobres no consiste en hacer cómoda su pobreza, sino en ponerles en camino de que dejen de ser pobres; no en darles limosnas, sino en buscar que puedan vivir sin recibirlas. — B. FRANKLIN.

64. La base patológica de los celos, no es la desconfianza en los demás, sino en sí mismo. — MIRA Y LOPEZ.

65. Yo no era sino uno más y mi vida una de tantas. Dime... ¿por qué entonces me arrancastes del refugio ignorado de mi vida olvidada? — TAGORE.

66. El amor sin deseos es una quimera; no existe en la naturaleza. — NINON DE LENCLOS.

67. Meditando sobre la muerte, he podido comprobar que es el menor de todos los males. — BACON.

68. Si aun no conocemos la vida ¿por qué pretendemos conocer la muerte? — CONFUCIO.

69. La naturaleza no es más que una sucesión de nacimientos y muertes. — DIDEROT.

70. Irse es ganarle un pleito a la costumbre. Haber visto mucho mundo es llegar joven a la madurez; uno de los secretos de la felicidad. — Paul MORAND.

71. Toda autobiografía, si se analiza, no es más que una forma de anhelo de perpetuación. — Stefan ZWEIG.

72. Todos los razonamientos de los hombres corrientes no vale lo que un solo sentimiento de una mujer sublime. — VOLTAIRE.

73. Si alguien apaga la luz que te guía, enciéndela de nuevo o marcha a tientas. Si alguien cierra tu paso con una muralla, no retrocedas, derribala o ábrete otro camino. Si alguien sonríe irónico a tu paso, alégrate; en su oposición está tu belleza, en su burla, está su impotencia. — A. RODRIGUEZ.

74. Entre las cosas viejas hay cuatro que son muy buenas: Viejos amigos para conversar, leña vieja para calentarse, viejos vinos para beber sin marearse y viejos libros para leer. — E. FAGUET.

75. La seguridad no existe. Tantos hay que ahora la buscan, que por encontrarla, lo pierden todo. — E. HE MINGWAY.

76. La infamia de la traición hace que aquilatemos los limpios valores de la lealtad, del mismo modo que la

víbora enaltece la milagrosa belleza del ala. — Alfredo BUFANO.

77. Los buenos modales son la manera feliz de hacer las cosas. — EMERSON.

78. Los hombres de natural nómada o aventurero constituyen la contradicción misma de la nostalgia. Los hombres de natural sedentario son los más propensos a la querencia del terruño. — Alberto INSUA.

79. El pensador: una voz empeñada en alzar su grito hacia la altura mientras a su alrededor todo muere, todo acaba, todo perece. El escritor: el empecinamiento de seguir viviendo aun después del fin de los fines, al rodar la tierra helada por el ilimitado espacio. — A. VARGAS.

80. Si un Dios hubiera hecho este mundo, no quisiera yo ser ese Dios. ¡La miseria del mundo me desgarraría el corazón! — SCHOPENHAUER.

81. Si habéis visto o leído en el día alguna cosa docta y bella, guardadla en la memoria. Si habéis visto alguna buena obra, procurad imitarla, y si vistéis alguna mala, tomad aviso y guardaos de ella. — Luis VIVES.

82. No dejes para mañana lo que hoy puedas hacer; a otro no molestes con lo que tú hagas; no gastes dinero antes de tenerlo; nunca compres lo que no necesitas aunque sea barato; el orgullo se paga a mayor precio que el hambre, la sed o el frío; nunca has de arrepentirte por haber comido demasiado poco; nunca es molesto lo que hacemos con voluntad; muchas penas nos han costado males que nunca han acontecido; hay que tomar todas las cosas por el lado suave; cuando estés enfadado mejor es que hasta diez cuentas antes de hablar, y si te hallas muy enojado, cuenta hasta cien. — Thomas JEFFERSON.

83. Hay en nuestro ser retiros tan profundos que sólo el amor se atreve a bajar los escalones. — MAETERLINCK.

84. Las mejores concesiones se hacen bajo los edredones. — J. SOUVENANCE.

85. Los meses, los días, los años, se hunden y para siempre se pierden en el abismo de los tiempos. El mismo tiempo será destruido, porque no es más que un punto de los espacios inmensos de la eternidad. — LA BRUYERE.

86. El adulador es el que agrega más de lo conveniente y cierto, en tanto que el malevolente muéstrase hostil y desviase de la verdad. Entre ambos, se sitúa el amigo verdadero, porque nada más dirá de lo cierto y presentará las cosas sin empujueñecerlas. — ARISTOTELES.

87. Hay, sin duda alguna, una luz que del sol no procede, no viene tampoco de la luna, ni llega de alguna materia inflamable, no es ni siquiera la claridad de las estrellas: es la claridad que nos viene de adentro. — Santiago RUSINOL.

88. No tuve en verdad placer más grande, ni consue lo más seguro, que el de bien leer los buenos libros. — Giovanni PAPINI.


89. Cada muerto se lleva a la tumba algo mucho más hondo que toda la literatura. — VAZ FERREIRA.

90. Mucho se piensa a los quince años, al descubrir casi todos los problemas que asombran. Más tarde, la vida misma enseña a olvidarlos. — TASSO.

91. La verdadera historia, la historia accionada, es la edición *non variatur* del determinismo en acción. Desgraciadamente, dicha historia no ha sido impresa nunca. — M. DEVALDES.

Por la recopilación:

Vladimir Muñoz




POETAS DE AYER Y DE HOY

LAS MANOS

¡Las manos del artista!
Las que alzan la ciudad del sentimiento
sobre el abismo de la realidad.
Nerviosas,
extendidas en rumbo sobrehumano
se agitan insaciables,
no aceptan un final.
Las arrastra el impulso que promete la Dicha,
la Creación y el Amor.
Así,
yo las he visto deshacer destinos ,
acariciar ensueños,
y hasta crear un Dios.
¡Las manos del trabajo!
Forjadas a golpes de alma y acción.
Marcando caminos de pueblos enteros
sin tregua ni espera,
sin canto ni voz.
Manos que describen círculos de llanto,
donde gritan todas las voces humanas
el grito de pan,
el grito de leche,
el grito de paz.
El grito que pasa las cumbres y el fango
y es clamor inmenso,
derrota que ruge,
sangre que despierta reclamando hermanos,
palabras,
afectos,
o sólo otras manos...
¡Las manos que esperan!
Tímidas de ensueño,
limpias de recuerdos,
viviendo un presente de eterna promesa
en cada destino que sienten pasar.
No viven, aguardan...
Y es su dolor tan hondo
por querer tanto amar,
que si acaso despiertan
conocerán el ansia que no se sacia más...

QUILMA XIMENEZ



Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas. Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador, «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

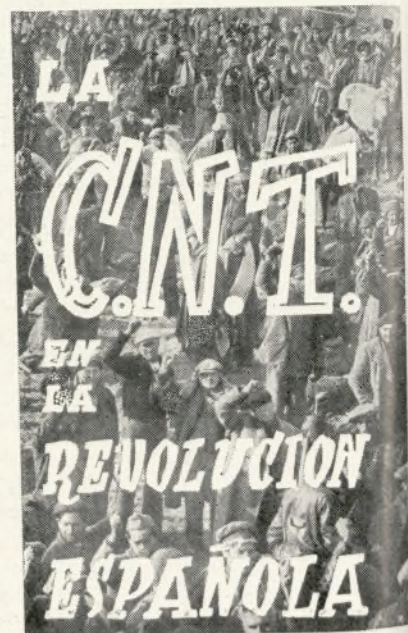
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 frs.

«Etica», de Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). C.C.P. Paris 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos